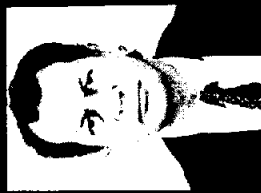


Hacia la democracia reúne tres momentos de la prolífica producción política de Ricardo Lagos. En ellos el autor ha querido llevar a cabo su reflexión personal, a partir de su propia experiencia de dirigente y de opositor al régimen militar, acerca de tópicos que interesan y apasionan a la opinión pública chilena: democracia y socialismo, proyectos para la transición, obstáculos a una acción unitaria ganadora de la oposición.

La calidad humana, intelectual y política de Ricardo Lagos hace que las propuestas que se deducen de estas líneas constituyan sugestivos puntos de discusión en los cuales no falta -y es bueno que así sea- una necesaria dosis de polémica de frente a los límites y deficiencias de una estrategia que vea las fuerzas de la democracia en franca ventaja con respecto a un régimen que niega las libertades del ciudadano chileno. La perspectiva de un socialismo moderno y renovado, del cual el autor es notable exponente, hace de este intento un esfuerzo aún más interesante por la incidencia que esta fuerza política tiene y tendrá en el futuro régimen de libertad que el país conquistará.



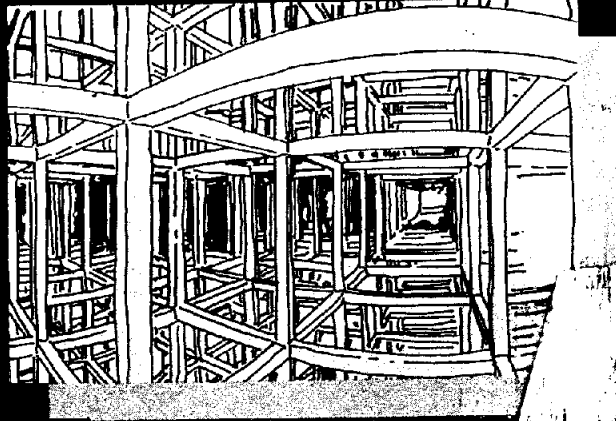
Ricardo Lagos Escobar, 49 años, es abogado titulado en la Universidad de Chile y Doctorado en Economía en la Duke University, Estados Unidos. Entre sus actividades laborales se cuenta la de Director de la Escuela de Ciencias Políticas y Administrativas, de Director del Instituto de Economía y de Secretario General de la Universidad de Chile. Además fue Secretario General de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO) entre 1972 y 1974. En 1974-1975 fue profesor adjunto de la Universidad de Carolina del Norte. Después de 1975 trabaja como experto dependiente de las Naciones Unidas.

Como actividades oficiales ha ejercido los cargos de delegado a la XXVI Asamblea General de las Naciones Unidas (1971). Delegado a la III conferencia de la UNCTAD, en Santiago (1972).

Ricardo Lagos es autor de diversos libros y ensayos, en su mayor parte especializados en economía, política y ciencias sociales.

Ricardo Lagos Hacia la democracia

Prólogo de Carolina Tohá



321.4(83)
L-77ha

Documentas / Estudio

DEMOCRACIA /
SOCIALISMO /
AUTORITARISMO /
TRANSICION DEMOCRATICA /
CHILE

321.4(83)
L177hd

Ricardo Lagos
//
Hacia la
democracia

12.985. =

Adquirido Chile Versión Chile - \$800- Enero 1988

Edizioni Documentas
vogliono dedicare questa seconda
edizione a Enrico Porro, nobile
rappresentante dei socialisti
italiani, per la sua solidarietà e
amore per la causa della libertà del
Cile.

EDICIONES DOCUMENTAS

San Antonio 427 of 317

fono 333524

Director

Fredy Cancino

Editor

Gonzalo Fuentes

©Ricardo Lagos

©Ediciones Documentas

Inscripción N° 66.136

Diseño y Montaje

Angela Murúa

Primera Edición

Enero 1987

Segunda Edición

Diciembre 1987

IMPRESO EN CHILE / PRINTED IN CHILE

	Págs.
<i>Prefacio a la Segunda Edición</i>	7
<i>Presentación</i>	9
HACIA LA DEMOCRACIA	
Socialismo y democracia	13
La democracia revalorizada	18
Derechos humanos	22
Democracia y sociedad civil	25
CHILE TAREA DE TODOS	
Una sociedad en crisis	29
La difícil unidad	34
Concertación Nacional para la Reconstrucción ...	41
Institucionalidad mínima	41
Bases socioeconómicas	44
Una sola estrategia	47
El rol socialista	50
Consideraciones finales	56

UNA EXPERIENCIA Y UNA REFLEXION	61
Chile año 2.000	78
<i>Epílogo</i>	
LA DEMOCRATIZACION DE LA VIDA MATERIAL	80
<i>Anexos</i>	
DISCURSO RADIAL A NOMBRE DEL CIEL (Comité de Izquierda por las Elecciones Libres) 14 de julio 1987.....	86
¿Qué pasa hoy en Chile?	87
¿Qué podemos hacer?	87
¿Por qué nosotros, izquierda chilena, queremos elecciones libres?	89
EL PARTIDO POR LA DEMOCRACIA (Artículo Revista <i>Hoy</i>)	93
<i>Consideraciones finales</i>	
REFLEXIONES UN AÑO DESPUES	96
Justicias	98
Compromisos	102
Unidades	103
Los obstáculos	105
Las difíciles ideologías	108
Los socialistas	109
La transición	113
Las Fuerzas Armadas	114
La democracia	115

PREFACIO A LA SEGUNDA EDICION

Ha transcurrido un año desde la primera edición de este libro. Allí hacíamos algunas reflexiones que llevaban la impronta de los momentos duros que, en lo personal y en la realidad del país, se vivían.

Poco tiempo había transcurrido desde el atentado al general Pinochet, con su secuela de asesinatos viles en medio de la noche, de estado de sitio, de violencia desencadenada hacia la oposición democrática de la cual modestamente formo parte.

Esos hechos dolorosos, ese clima de oscura violencia, impulsó la reflexión escrita en estas páginas. ¿Sobre cuáles temas? Sobre aquéllos que dramáticamente incidían —e inciden— en la situación bloqueada de la oposición del país. Porque esa situación es la que permite la sobrevivencia de una dictadura odiosa a la inmensa mayoría de Chile.

Son temas sobre los cuales aún es necesario meditar y debatir, porque no han sido resueltos, porque todavía están en el centro de las preocupaciones de todos quienes deseamos echarnos pronto a caminar por la democracia. Si todos queremos terminar con la dictadura, falta saber cómo. Y ese cómo hacerlo podrá determinar el quiénes participarán en las tareas democráticas comunes. No son posibles todas las formas de lucha, pues hay formas incompatibles entre sí. No es posible realizar un mitín pacífico para

estimular la inscripción electoral de un barrio, y juntar fuerzas para la derrota política del régimen para después lanzar una bomba o secuestrar un coronel. Esto es lo que algunos aún no entienden plenamente.

En otro orden de dificultades, persiste el tema del afán excluyente de otro sector opositor. Una democracia futura que no contemple desde ya la participación de todos, y concretamente del PC con su larga trayectoria de actuación democrática, no podrá ser sino, una democracia castrada, imperfecta. El prejuicio político, las hipotecas ideológicas de algunos, son objetivos obstáculos en la fatigosa construcción de la unidad democrática basada en el estricto respeto de las diversidades. No existe la democracia unánime. Es un contrasentido.

La unidad en torno a una sola estrategia opositora sigue siendo, entonces, el tema de los temas de los hombres y mujeres partidarios de la democracia para Chile. Hoy comienza a avanzar una propuesta adelantada un año atrás por el PS el cual pertenezco. Es la idea del Partido por la Democracia, una fuerza política que pretende unir a todos, o casi todos, en torno a un instrumento político para derrotar políticamente los intentos "electorales" de perpetuación en el poder por parte de Pinochet.

¿Es posible vencer? Creemos que sí. Es lo que expongo en el capítulo final agregado en esta segunda edición, así como también en los dos anexos incluidos. En esas páginas están los argumentos de una propuesta de esperanza y de optimismo. Una propuesta de lucha justa y posible, porque está sostenida con la enorme fuerza de la mayoría. La única fuerza de la democracia.

*Ricardo Lagos
Santiago, noviembre 1987*

PRESENTACION

Una visión general de la situación por la que atraviesa nuestro país nos habla de dolor, de desesperanza, de crisis. De tanto decirlo y oírlo le hemos perdido el sentido, y ha pasado a ser la premisa general de la que todos partimos al examinar los momentos que estamos viviendo. Pero detrás de la constatación hay una realidad mucho más compleja de la que alcanzamos a expresar cuando mencionamos la crisis por la que Chile atraviesa. El ancho de lo necesario es enorme en nuestro país, y el margen de lo posible parece estar reducido al mínimo.

En ese contexto iniciar la búsqueda de soluciones ha sido la tarea más emprendida y menos exitosa de los últimos años. Los trabajos que comprende este

libro constituyen un nuevo esfuerzo que apunta en este sentido, es decir, incorporar nuevos elementos que aporten al éxito de esa búsqueda.

Creo que la proposición central que Ricardo Lagos hace, apunta a que busquemos caminos que no estén sustentados en la negación de un pedazo de la realidad de nuestro país, que es lo que hasta hoy nos ha sucedido. Esta es descrita por Lagos al hablar de los dos Chiles que se expresan en un abanico de salarios de 1 a 600, del 65% de desempleo que hay entre los menores de 30 años, del desconcierto que siente cada chileno al pensar que se pasean por las calles los que han sido capaces de torturar y asesinar, de los que prefieren seguir negociando con el señor Büchi a embarcarse en una aventura democrática en la que no estén asegurados sus intereses, de los que hacen justicia por manos propias porque no hay de la otra.

La conclusión es categórica. Chile no está garantizado como nación, es tarea de todos hacerlo posible. Este desafío de enfrentar la crisis en forma nacional, solamente es posible en el marco de un entendimiento amplio en que no haya exclusiones ni estrategias privilegiadas que puedan imponerse por la vía de los hechos. Lagos habla de un entendimiento mucho más sustantivo del que hemos logrado hasta hoy, en el que estén comprendidas las bases institucionales mínimas de la futura democracia, los principios socioeconómicos básicos que sustenten la reconstrucción nacional y una estrategia común para terminar con la dictadura, en cuya gestación todos participen y a todos obligue por igual.

Queda demostrado que las fuerzas políticas democráticas no han estado a las alturas de las urgencias

que Chile tiene. Hoy, su responsabilidad es doble, pues de ellas depende la posibilidad de que el destino de Chile lo definan los chilenos. Así de grande es el desafío que Ricardo Lagos deja planteado al decir que cada día que pasa, en que la polarización y la violencia aumentan, los intereses de los distintos países los hacen adoptar caminos frente a la situación chilena acordes con sus particulares intereses.

Pienso que el mayor requerimiento de nuestro país es el de encontrar caminos que nos devuelvan la esperanza en que somos posibles como nación. Caminos que se sustenten en lo que nuestro pueblo es y en cuales son sus problemas y anhelos. En esa tarea todos han fracasado de una manera u otra hasta hoy.

Pertenezco a una generación cuyo signo ha sido la ausencia de proyectos y propuestas, así como el de la anterior, fue una sobredosis de éstos. Creo que es en mi calidad de joven y chilena que se me ha pedido que presente este libro. Desde esas dos condiciones, pienso que lo planteado en él constituye un paso adelante en la reconstitución de la esperanza de nuestro país como nación.

Ricardo Lagos dice que no existen tránsitos a la democracia sin un pueblo que luche por ella, y que sólo es posible la unidad si la buscamos con un cierto grado de humildad para reconstruir Chile en su adversidad. Así de sencilla y grande es la verdad de nuestra nación.

Carolina Tohá

HACIA LA DEMOCRACIA

Socialismo y Democracia

El Socialismo y en general la izquierda chilena ha hecho contribuciones muy importantes para la profundización y perfeccionamiento del sistema democrático chileno. Nadie podría negar que el siglo veinte significa para la sociedad chilena un proceso lento pero continuo de incorporación de diversos sectores sociales a la toma de decisión de las políticas que el país debe aplicar. De un sistema democrático que de tal sólo tiene el nombre en tanto es esencialmente oligárquico y reducido a unos pocos, como es el Chile del siglo 19, el siglo 20 se caracteriza por una ampliación creciente de la base social en que se sustenta el régimen democrático. No se trata sólo de establecer la manera en que

aumente el cuerpo electoral. Es cierto que este indicador tan simple permitiría sostener que hacia 1970 la totalidad de los chilenos en condiciones de poder elegir y ser elegidos estaban ya inscritos en los registros electorales y de un modo mayoritario ejercían sus derechos. Cuando hablamos que el sistema democrático chileno fue capaz de incorporar a distintos sectores en la toma de decisiones nos estamos refiriendo a que hubo una capacidad de incorporar sectores y hacerlos partícipes de los frutos del desarrollo y del crecimiento. Es cierto que era una sociedad signada por un importante grado de desigualdad social. Pero también es cierto que había una clara conciencia de este fenómeno y los distintos sectores políticos planteaban, si bien por caminos diferentes, la meta común de erradicar la desigualdad. Los sectores medios o las capas medias que se incorporan en 1920 en la época del "cielito lindo" o la clase obrera que como resultado de la crisis de los 30 y el consiguiente proceso de sustitución de importaciones abren paso a un acelerado crecimiento industrial y le incorporan a través de su organización sindical son estas demostraciones claras de lo que afirmamos. En otras palabras, los sectores urbanos, los de más rápido crecimiento durante los primeros cincuenta años de este siglo tienen un rápido proceso de incorporación en la toma de decisiones tanto respecto de los sectores medios como de los sectores urbanos pertenecientes a la clase trabajadora. La organización sindical que se desarrolla, primero en los centros mineros y luego en los centros urbanos en torno a la actividad fabril le permiten al socialismo tener raíces en la base social vinculada a los intereses populares. Por tanto

no es sorprendente que precisamente a partir de la depresión en 1933 cuando se funda el Partido Socialista, éste rápidamente sea capaz de capturar sectores importantes de la población que ven sus intereses representados a través del socialismo. Con posterioridad y en la década de los sesenta la sociedad chilena hace un esfuerzo por incorporar también a los marginados del campo y tanto el fenómeno de la Reforma Agraria —hoy tan caricaturizado y mal entendido— como el de la sindicalización campesina dan cuenta del esfuerzo que hace la sociedad chilena toda por incorporar a ese importante sector social en la toma de decisiones. Dentro de este sistema de incorporación de sectores, tanto a través de la expresión del poder político como es el parlamento y el poder ejecutivo como respecto de cuerpos intermedios de la sociedad civil los sectores populares tienen una representación que les permite a lo menos expresar y defender sus intereses.

En este sentido se podría sostener que la sociedad chilena representó un esfuerzo significativo de profundizar un sistema democrático incorporando a nuevos sectores a la toma de decisiones de los temas fundamentales del país. Es cierto que quedaba mucho por hacer. Sin embargo, esa tarea inconclusa quedó así precisamente por la irrupción de un sistema autoritario que se ha caracterizado por la exclusión de los sectores mayoritarios en la toma de decisiones de lo que debe ser el país.

Esta reivindicación que hacemos del rol del socialismo en la profundización del sistema democrático chileno cobra mayor importancia cuando en los últimos trece años se ha querido presentar la caricatura

que, socialismo y democracia son incompatibles. Profundo error, en tanto precisamente desde nuestro punto de vista no es posible concebir un sistema democrático sino existe simultáneamente un marcado sesgo socialista en la sociedad y de la misma manera el socialismo para que sea fiel a los principios que lo sustentan requiere de un sistema democrático para evitar caer en el autoritarismo igualitario. Pero no nos adelantemos a lo que queremos hacer de la introducción de estas páginas.

El socialismo intenta conciliar lo que para el hombre aparece hasta hora difícilmente alcanzable: hacer que la libertad y la igualdad sean valores compatibles y que se refuerzan el uno al otro. Es cierto que hay sociedades que tienden a privilegiar el concepto libertario y con el propósito de hacerlo olvidan que la libertad cuando no es entre iguales en la práctica de tal retiene sólo el nombre. De la misma manera otras organizaciones sociales tienden a poner el énfasis en la igualdad, esto es en el derecho que tiene el hombre de tener en la lucha por la vida iguales oportunidades en su desarrollo. La búsqueda de la igualdad hace que muchas veces la libertad del individuo quede sometida a un segundo plano en tanto se privilegia precisamente el valor de la igualdad y se entiende que para alcanzarla la libertad tal vez deba ser sacrificada. Proclamamos que el socialismo está en condiciones, precisamente por sus características intrínsecas, de establecer la compatibilidad entre la libertad y la igualdad. Eugenio González ha dicho que no es posible separar el socialismo de la democracia y ha agregado: "sólo utilizando los medios de la democracia puede el socialismo alcanzar sus fines

sin que ellos se vean desnaturalizados. No se trata, por cierto, de la democracia estáticamente concebida, en pugna con el proceso histórico, sino de una democracia viva, que se vaya modificando orgánicamente, de acuerdo con las mudables circunstancias de la existencia colectiva. La democracia puramente formal, de alcances civiles y políticos, tiene que llegar a ser una democracia real, de contenido económico y social, pero sin que su sentido histórico y moral, que es, por sobre todo, la preservación de los derechos humanos, experimente menoscabo alguno en provecho del poder del Estado o del progreso de la economía". En otras palabras Eugenio González está proclamando la identidad de socialismo y democracia y la forma en que estos conceptos no pueden tener un carácter estático.

Durante estos trece largos años de oscurantismo, el socialismo ha seguido pensando sobre estos temas y lo que hoy algunos conocen con el nombre de renovación socialista no es sino el proceso de adaptación del socialismo a los cambios que han tenido lugar en la sociedad chilena como resultado de la dictadura. En otros escritos he analizado con cierta latitud el carácter y naturaleza de estos cambios. Aquí en esta breve introducción quiero concentrarme sólo en los efectos que la dictadura ha traído sobre el modo de entender la democracia y el socialismo.

Cuatro son los elementos en los cuales quisiera centrar mi análisis: el primero relativo a la democracia que surge fortalecida y revalorizada tras la experiencia dictatorial; el segundo, relativo al campo de los derechos humanos; el tercero, a las relaciones que se dan en la sociedad civil y que no se agotan sólo en el

aparato del Estado. Y finalmente a las bases materiales que deben sustentar la democracia.

La democracia revalorizada

Tras trece años de dictadura muchos conceptos adquieren un valor nuevo como resultado precisamente de su constante olvido por el poder dictatorial, uno de ellos sin duda es el sistema democrático y los mecanismos y métodos de carácter democrático para alcanzar consenso en una sociedad. Precisamente como resultado de la experiencia autoritaria en que una clase social ha impuesto al resto una política en su propio beneficio con exclusión de las mayorías, es que surge con nitidez la necesidad de restaurar valores democráticos que permitan mediante métodos de dicho carácter hacer valer lo que son los intereses y necesidades de la mayoría. Cuando se constata, por ejemplo, que el patrimonio del país está siendo traspasado a manos privadas mediante un mecanismo de reprivatización que no tiene parangón en Chile, sin consultar a los dueños de este patrimonio que somos los doce millones de chilenos y, lo que es más grave, mediante reglas y procedimientos absolutamente oscuros se echa entonces de menos el valor de un sistema democrático. ¿Habría sido posible vender como se está haciendo empresas tan importantes como la CAP o ENDESA a los particulares?, ¿habría sido posible sin un debate público en el cual la sociedad chilena dijera qué es lo que desea que pertenezca al área pública y qué es lo que desea que pertenezca al área privada? Por ello es que afirmamos que no solamente como resultado de las violaciones a los

derechos humanos sino como consecuencia de aplicar una política económica, social y cultural que ha excluido a las grandes mayorías nacionales. Cuando la crisis económica se hace más premiosa, cuando los salarios reales siguen cayendo, cuando no se tiene acceso a la educación para la mayoría de este país sino tiene con qué pagarlo, cuando los servicios de salud son denegados de una manera sistemática sino hay una capacidad económica que respalde la demanda de ese servicio, entonces aparece en toda su magnitud la necesidad de un sistema democrático a través del cual poder hacer valer los derechos de la mayoría. De ahí entonces que una dictadura tan larga como la actual hace que el concepto y los métodos democráticos surjan revalorizados como resultado de esta experiencia dictatorial.

Sin embargo, la democracia entendida como el conjunto de normas de carácter político que permiten elegir y ser elegido y determinar lo que son las instituciones políticas de una sociedad aparece como un conjunto de normas insuficientes para una participación real y verdaderamente democrática de los distintos sectores de una sociedad y en consecuencia, como hemos dicho en más de una ocasión, existe una suerte de democracia formal y lo que nosotros proclamamos como necesario es una democracia de tipo participativo. Por cierto que si no tenemos lo segundo para muchos será a lo menos preferible tener esta democracia formal. Por ello sostenemos que la democracia no es solamente una técnica para administrar el poder, sino que tiene que ser también algo más importante: un mecanismo permanente para construir y reconstruir la sociedad en la cual vivimos. Lo ante-

rior implica el que la democracia en un sentido formal tiene que ser complementada con un grado de participación real y la participación para que sea efectiva tiene que darse en una sociedad en donde la igualdad no es sólo una palabra o un ejercicio retórico. El ejercicio de los derechos políticos que implica un sistema democrático formal sólo adquiere sentido real cuando ese ejercicio se hace entre iguales. Una sociedad que excluye sistemáticamente al campesino o a aquel que en la ciudad no tiene trabajo estable, difícilmente puede ser democrática más allá de su etiqueta. Lo anterior no implica para nosotros socialistas renegar de la existencia de una democracia formal. Nos parece muy importante que ella exista; lo que ocurre es que esa democracia no es verdaderamente participativa sino se hace simultáneamente el propósito de modificar las estructuras económico-sociales de suerte que efectivamente puedan participar todos y no quede el derecho de todos a participar en una mera declaración constitucional. De ahí entonces que como el socialismo busca junto con preservar la democracia formal en sus elementos políticos su enriquecimiento a través de grados crecientes de igualdad económico social, de suerte que todos puedan participar de un modo verdadero, podemos proclamar que sólo una democracia que apunta a la construcción socialista camina en un proceso de perfeccionamiento real. En otras palabras, en tanto entendemos que es necesario un sistema económico y social que no excluya sector social alguno es sólo en ese proceso de no exclusión real en donde la democracia formal adquiere toda su plenitud. Y sólo un proceso socialista puede garantizar la no exclusión

de sector social alguno. Por ello que decimos que la democracia adquiere un sentido final y real sólo en un sistema socialista. Esto porque el capitalismo es esencialmente excluyente, y sólo un pequeño núcleo tiene participación activa.

Para muchos existe una incompatibilidad entre la libertad y la igualdad. En efecto, autores con Harold Luski, el distinguido laborista británico, sostienen que el sistema capitalista basado en la libertad impulsa al sistema democrático de gobierno en tanto éste es el gobierno que mejor pueda satisfacer las necesidades de la propia burguesía industrial aquella que se desarrolla en la Inglaterra de los siglos 18 y 19. Sin embargo, a medida que el sistema democrático como resultado del ejercicio de la práctica de la libertad va incorporando a otros sectores sociales los cuales reclaman un mayor grado de igualdad social por esta vía van a ir limitando y socavando los pilares del sistema capitalista. Si como resultado de exigir mayor igualdad se hacen demandas que implica disminuir los niveles de acumulación del capitalista, este puede llegar a pensar que la libertad para esas demandas sociales debe ser cercenada para poder permitir que se mantengan los niveles de acumulación y que el sistema capitalista siga funcionando. Habría en consecuencia, según esta percepción, una incompatibilidad en el largo plazo en tanto hay que optar porque si se permite mayor igualdad, ésta va a ser que sea incompatible con un sistema capitalista. Esto implicaría que llega un instante en que la socialización aparece como incompatible con el funcionamiento del sistema capitalista y allí entonces, según Luski, el capitalista estaría dispuesto a recurrir a situaciones

de fuerza con tal de preservar su propio sistema, en ese momento la incompatibilidad entre capitalismo y democracia habrá llegado a su punto de máxima tensión y en muchos casos el capitalismo opta por sacrificar la democracia para mantener los mecanismos de acumulación que permiten desarrollar al capitalismo. Por ello es que nosotros sostenemos que en última instancia el mecanismo de superación de lo anterior se encuentra precisamente en la necesidad de establecer un sistema democrático pero con un sistema socialista y en ese momento estaremos compatibilizando los grados de igualdad social con los grados de libertad indispensable para que el hombre pueda desarrollar toda su capacidad creadora.

Derechos Humanos

Las masivas y sistemáticas violaciones en el campo de los derechos humanos son las más grandes que ha tenido la sociedad chilena en toda su historia; es cierto que en el pasado ha habido en el país actos de violencia. Es efectivo que en Santa María de Iquique y que en Ranquil hubo una expresión de violencia que implicó aplastar por la fuerza incipientes reivindicaciones sociales. Es cierto también que en períodos de gran tensión social o de ideologización extrema ha habido enfrentamientos en Chile, pero querer equiparar esas situaciones a lo acaecido en estos trece años implica una ignorancia o una mala fe demasiado grande como para que pueda ser aceptada. Junto con la violación a los derechos humanos el socialismo ha aprendido y ha repensado cuál debiera ser la concepción socialista respecto de este tema. En el pasado el

respeto a los derechos humanos aparecía como un elemento en el cual todos, cualesquiera que fuera el signo político, estábamos acordes; ningún partido político en su programa le parecía necesario proclamar el respeto a los derechos humanos. Era algo que se entendía de una manera natural y obvia dentro de nuestro ordenamiento político.

Hoy, nosotros, socialistas creemos que no solamente es necesario plantear un compromiso formal en el respecto a los derechos humanos, sino que frente a este tema toda organización política debe tener claridad en lo que quiere señalar. Sostenemos que los derechos esenciales del hombre no deben ser patrimonio de partido alguno sino que deben ser el compromiso de todos los demócratas. Respetar el derecho a la vida, el derecho a estar libre del temor de la tortura sobre su cuerpo, el derecho a vivir en la patria propia, son derechos demasiados esenciales, como para que algún partido político se los pueda adjudicar como suyos. Muchos que hoy proclaman la supuesta incompatibilidad entre socialismo y democracia son los mismos que no sólo no entienden ni de socialismo ni de democracia sino que de una manera objetiva han practicado y ejercido una violación sistemática a los derechos humanos que tendrá que hacer meditar a la sociedad chilena sobre el derecho que ellos tienen mañana de participar en un sistema verdaderamente democrático. Pero ello cae más en el terreno de las sanciones a los que han violado los derechos humanos que al tema mismo de cómo se, deben concebir estos derechos. Los socialistas pensamos que los derechos humanos deben ir más allá que los derechos a la vida y deben ser complementa-

dos por una organización social que garantice el derecho al pleno desarrollo de la personalidad humana.

Esto implica además el derecho a la educación, el derecho al empleo y el derecho a la salud y por cierto junto con ello poder acceder a la cultura y a la recreación. Es indispensable en consecuencia, no solamente que la sociedad garantice al individuo que no será violentado en sus derechos esenciales, sino que además la sociedad buscará los mecanismos para hacer efectivo estos otros derechos que nos parece que también son esenciales del hombre. Y aquí el socialismo tiene en consecuencia una diferencia sustancial con las concepciones liberales en tanto a nosotros nos parece que debe haber un compromiso de la sociedad toda para garantizar el derecho a la salud, a la educación, a la cultura y al empleo. No creemos que la sociedad dejada a las fuerzas espontáneas que surgen de su seno del "mercado" va a poder dar cuenta de un modo satisfactorio y satisfacer para todos estos derechos esenciales del hombre. Cuando ello no ocurre tendrá entonces la sociedad a través de un sistema institucional establecido, garantizar que estos otros derechos que son esenciales al hombre también se respeten. Todo chileno por el solo hecho de serlo tiene derecho a que su enfermedad sea atendida, a que su analfabetismo sea erradicado y a no mendigar para poder vivir sino lograr un trabajo digno. En consecuencia habrá áreas en las cuales los particulares provean servicios de educación, de salud y de fuentes de trabajo. Es necesario que las haya, pero también es indispensable que la organización social reconozca a todos este derecho y en consecuencia a nuestro juicio deben tomarse los

resguardos necesarios para que estos derechos sean atendidos integralmente. Por cierto que esto implica y tiene profundas consecuencias en el campo de la política económica, la cual debe ser aprobada democráticamente. Pero precisamente porque creemos en un sistema democrático estamos convencidos que el planteamiento que estos derechos deben ser atendidos es algo respecto de lo cual los sectores mayoritarios de Chile nos van a acompañar. Y en consecuencia a nuestro juicio el tema de los derechos humanos deben ser definidos con la suficiente amplitud como para hacer del respeto a los derechos humanos el respeto al desarrollo de la personalidad del individuo.

Democracia y Sociedad Civil

Este es otro campo en el cual la dictadura ha producido efectos importantes. Todo régimen dictatorial busca destruir los mecanismos por los cuales la sociedad civil logra expresarse; estos mecanismos en el plano político son por excelencia los partidos políticos. El proceso por el cual estos son destruidos o declarados en receso es conocido. Frente a ello la sociedad sigue teniendo demandas que expresar y los distintos sectores y clases sociales se movilizan para defenderse aun en dictadura. Como no hay partidos políticos, surge un movimiento social que tiene un grado mayor de autonomía de los partidos políticos que lo que existió en el pasado. Esto nos parece un hecho positivo. También parece positivo el que en el último tiempo gracias a la movilización y a la lucha haya sido posible para estudiantes, profesionales, trabajadores, pobladores comenzar a reconstruir

sus propias organizaciones sociales; es cierto que dentro de estas organizaciones lo político muchas veces hace que se alineen los distintos sectores al interior de ella, pero el grado de autonomía que dentro de ellas se está dando es algo que la sociedad futura de carácter democrático debe preservar. Hay una realidad social concreta en el mundo universitario o en el mundo de la fábrica que puede expresarse políticamente de un modo distinto al del país. Pretender trasladar mecánicamente las relaciones políticas de un país a cada grupo social es un grave error. Pero, por lo mismo, no pueden inferirse "lecciones" de un cierto entendimiento político en la base social al resto del país. Las elecciones universitarias son un buen ejemplo. Los jóvenes viven su realidad y deben reaccionar políticamente frente a esa realidad, que puede no coincidir con el país. Si la "oposición" va unida en la universidad y lo hace para terminar con los rectores delegados, cual hace en "deducir" consecuencias para el país. Aquí los socialistas defendemos la autonomía de lo social.

De lo que se trata es que como resultado de la experiencia dictatorial los distintos sectores sociales han tenido una capacidad para organizarse y hacer valer directamente sus demandas. Esto se ha hecho sin la mediación de los partidos como tendía a ocurrir en el pasado y por tanto sostenemos que las organizaciones sociales hoy tienen un grado de autonomía mayor de los partidos políticos que el que pudieron haber tenido en el pasado. Esto es positivo para un sistema democrático en tanto tenemos que acostumbrarnos que no todo se agota en el Estado. Que hay un conjunto importante de decisio-

nes que deben tomarse en otras instancias de la sociedad civil y que no es necesariamente el Estado y en consecuencia si se fortalece este tipo de instituciones estaremos más cerca de una sociedad democrática. Si establecemos la democracia a nivel de la universidad, de la fábrica, del taller o de la oficina de profesionales, entonces habremos avanzado tanto para tener mayor participación como para tener un grado de mayor independencia del Estado. Es posible, en consecuencia, comenzar a construir la democracia aún cuando ésta aún no existe en el país y poder hacer entonces un ejercicio cotidiano de democracia en cada uno de los lugares de trabajo o de vida o de estudio. Esto requiere dotar a estos cuerpos sociales de una autonomía y a su vez requiere por parte de los sectores políticos el respeto a esa autonomía que emana de la realidad particular que cada uno de esos cuerpos sociales está viviendo. Por ello los socialistas decimos que es erróneo querer inferir de los resultados en determinadas áreas de la sociedad políticas de carácter nacional, y viceversa. Si los trabajadores en una federación deciden un determinado tipo de entendimiento porque eso es lo adecuado para su realidad, no tiene ello que necesariamente deducirse y aplicarse al resto de las organizaciones sociales o trasladarse mecánicamente a la política nacional.

En este sentido democracia no es solamente una técnica para administrar el poder como ya se dijo. La democracia tiene que ser también algo mucho más importante: un mecanismo permanente para construir y reconstruir la sociedad en la cual vivimos; cuando se dice soberanía con responsabilidad directa

del pueblo se está diciendo democracia en los lugares de trabajo en cada sector de la sociedad donde exista un grupo de hombres y mujeres que trabajan mancomunadamente y no sólo como un ejercicio de control sobre un poder político que se encuentra lejano en un congreso o en el palacio presidencial.

CHILE, TAREA DE TODOS

Una sociedad en crisis

Comienzo este capítulo expresando cosas muy sabidas, pero que permiten dar un punto de partida adecuado al análisis de lo que ocurre en nuestra patria: después de trece años de dictadura, nos encontramos ante un país que se ha sumergido en un grado tal de crisis en cada uno de los distintos niveles como nunca habíamos conocido en toda nuestra historia. Y esto porque hay una crisis profunda y simultánea en nuestra institucionalidad, en nuestra economía, en lo social y en lo moral.

Nunca antes Chile tuvo una crisis institucional, si entendemos por institucionalidad el sistema de principios jurídicos que norman nuestras relaciones políticas desde la Independencia, cuando construi-

mos un conjunto de reglas profundamente imperfectas, pero que en el último término aceptábamos como fórmula para dirimir los conflictos que existen en toda sociedad.

Hoy, un pequeño núcleo cree en una institucionalidad dada por la Constitución de 1980, mientras la gran mayoría de los chilenos la rechaza, sea por la forma en que se aprobó, sea por sus contenidos.

Esta crisis institucional nos pone un primer gran dilema desde el punto de vista de la reconstrucción del país, pues tenemos que plantearnos cómo reconstruimos un país a partir de una institucionalidad que los menos consideran legítima y apoyan con la fuerza militar, y que los más rechazamos. Esto genera un punto de partida político absolutamente distinto al que han enfrentado otros países que han transitado desde la dictadura a la democracia. En Uruguay, la nueva institucionalidad que se pretendió implantar fue rechazada en un plebiscito. En Argentina, la dictadura no propuso una nueva constitución; luego del conflicto de las Malvinas, cuando los militares negociaban para volver a los cuarteles, el tema de la institucionalidad que regiría el futuro gobierno civil no estaba en el debate entre militares y civiles. Y lo mismo podemos decir del Perú, donde, previo al abandono del poder de los militares, se convocó a una Asamblea Constituyente, precisamente para que los civiles establezcan una nueva institucionalidad. En otras palabras, los militares parten aceptando que es la civilidad, el pueblo, la sociedad, la que va a darse sus propias normas del futuro.

De allí que lo primero que tenemos que considerar es que el nuestro es un país donde los militares han destruido la institucionalidad, y la que ellos han

pretendido erigir es hoy día el elemento fundamental, o uno de los fundamentales de discrepancia política en Chile.

El segundo elemento en esta crisis es el económico. Se dirá que la crisis es mundial, que el mundo capitalista desarrollado, el mundo subdesarrollado, que América Latina atraviesan por esta crisis. Sin embargo, la magnitud y profundidad de la nuestra se debe a que ella tiene lugar en medio del experimento monetario de Chicago, en nada comparable con el que se ha llevado a cabo en otros países, donde es un pálido reflejo del que se impulsó en Chile con tanta fuerza.

Por ello Chile ha retrocedido en el contexto de América Latina: hace 15 años nuestro ingreso medio era un 26% superior al de la región, hoy es sólo un 6%; participábamos del 5% de las exportaciones de América Latina, hoy hemos caído al 3%; y así hemos descendido comparativamente con los otros países en inversión y ahorro. Por eso es falso cuando la propaganda oficial culpa a la crisis; es cierto que hay crisis, pero aquí ha habido errores colosales producto del extremismo ideológico propio de criterios dogmáticos.

En Chile esta crisis ha significado una destrucción esencial del aparato productivo, que no se ha dado en los demás países de América Latina.

En efecto, hoy existe una capacidad industrial que es aproximadamente la mitad de la que existió en Chile hace veinticinco años; en consecuencia, si quisiéramos tener un nivel de vida y una demanda de artículos industriales similares a los que teníamos en 1970, tendríamos que recurrir a un nivel de importación inalcanzable por la situación de endeudamiento

externo en que nos encontramos. En otras palabras, cuando me refiero a la profundidad de la crisis económica, me refiero a la destrucción de las bases en las que se sustentaba la estructura económica del país. Y las bases nuevas anunciadas por los de Chicago simplemente no llegaron. Y ya no llegaron.

En 1985 la industria chilena produjo menos toneladas de cemento, menos toneladas de papel, menos metros cuadrados de vidrio, menos litros de cerveza, menos toneladas de fideos y pastas, y menos toneladas de productos de acero que en 1970.

En consecuencia, desde el punto de vista económico, la reconstrucción del país se enfrenta a un desafío que nunca antes habíamos tenido. Cuando un economista argentino habló de una economía de postguerra para su país, planteó un símil adecuado. Era de postguerra no tanto en relación a la guerra de las Malvinas, sino por lo que Martínez de Hoz (1) había hecho en Argentina. El término se aplica aún con más propiedad y profundidad a lo que es la economía de nuestro país después de esta experiencia monetarista.

Si hoy día quisiéramos dar empleo a todos los desempleados y mejorar en mínima parte los salarios reales, la expansión de la demanda sería de tal magnitud que el país no estaría en condiciones de satisfacerla por la incapacidad que tenemos para importar bienes, como señalábamos antes. Por lo tanto, cuando se dice que hay una crisis económica profunda, significa que la reconstrucción requerirá de un esfuerzo como no se ha conocido en todo lo que va corrido de este siglo.

1. Ministro de Economía durante la dictadura militar argentina.

Junto a lo anterior, todos estamos conscientes de que también existe una crisis social de magnitud desconocidas en el pasado. Sobre esta crisis social tenemos muchos indicadores que no creo necesario examinar acá. Crisis que se manifiesta en que las diferencias sociales que siempre han existido en Chile tienen hoy una profundidad que hace imposible algún grado de reconstrucción en el país si no asumimos esos dos Chiles que han ido emergiendo en estos trece años. Esos dos Chiles que se expresan en un abanico de salarios que fluctúan entre 1 y 600, desde el trabajador del Programa del Empleo Mínimo (PEM) al gran gerente. Ningún país puede resistir esa desigualdad salarial.

Los chilenos consumimos hoy un 15% menos que en 1970. Pero esto es un promedio. Así, el 20% más rico consume un 30% más, en tanto que el 40% más pobre consume un 50% menos. Repito, el 40% de los que perciben ingresos más bajos hoy consumen la mitad que en 1970. Esto es el drama de Chile; y si los que consumen más no lo entienden, y tampoco entienden que deberán sacrificarse, habrá, junto con la llegada de la democracia, una explosión social que hasta hoy sólo se ha detenido con la fuerza de las armas.

Es necesario agregar la existencia de una crisis de carácter moral a la cual se ha referido extensamente la Iglesia. Y cito a la Iglesia para evitar que se nos acuse de revanchismo, como se dice de todos los que planteamos el drama de un país que ha visto salir de sus propias entrañas a los que asesinan, torturan, degüellan y ahora queman, y que impávidos circulan por nuestras calles, al lado nuestro, sin que comprendamos de dónde sale esa gente, cómo fue posible que

nuestra sociedad diera origen a eso, a esos miles que parecen seres normales. Eso es un elemento de crisis moral en una sociedad, que debe abordarse con la seriedad que requiere, no sólo con respecto a aquéllos que sufrieron la tortura, el exilio o la muerte, respecto de los cuales debe hacerse justicia, sino más allá de eso: determinar cómo una sociedad puede llegar a eso. Debemos preguntarnos qué capacidad tiene la sociedad, si quiere reconstruirse, de abordar este tema de la crisis moral: crisis moral que se ha agudizado cuando se recuerda a los que fueron degollados y frente a cuyo caso, por un momento, tuvimos la esperanza de que por primera vez en la dictadura se iba a lograr determinar quiénes eran los responsables. Hoy día, después del horrendo hecho de la quema de dos jóvenes, uno de los cuales ha fallecido, esa esperanza está extinguida. Un obispo vinculado a los trabajadores de la Vicaría me decía: "*¿Qué podemos decirles ahora a quienes quieren hacerse justicia por sus propias manos?*". Palabras de un obispo que reflejan la crisis moral por la que atraviesa nuestra patria.

La difícil unidad

A partir de estos cuatro elementos que confirman esta crisis profunda, sólo podemos mirar hacia adelante si asumimos que es una tarea de todos. Y quiero insistir en eso: *de todos*. El drama de Chile es Pinochet, pero, por desgracia, Pinochet es sólo el inicio del drama en toda su profundidad. Porque ido Pinochet, son estos elementos de crisis los que aparecerán con toda su fuerza y plenitud, demandando la capacidad de los chilenos para reconstruir un país dentro de un sistema relativamente ordenado,

no caótico, en un clima de crisis social, de crisis moral, de crisis económica y de crisis institucional que tiende a fragmentarnos como sociedad si no somos capaces de presentar, desde el inicio, un proyecto común de sociedad para superar estos grandes desafíos.

Es por esto que la respuesta nacional a este drama de Chile excede y trasciende la necesidad de enfrentar con unidad la salida de un dictador, el tránsito de una dictadura a una democracia. Si sólo pensamos que el tema es Pinochet, estamos quizá inconscientemente suponiendo que Pinochet es el responsable de estas cuatro crisis, lo cual es cierto. Pero su partida, sin embargo, no nos devolverá la normalidad. Por lo tanto, el dilema, el gran dilema político del momento, que por cierto comienza con Pinochet y por el tránsito de la dictadura a la democracia, no termina con la salida del dictador. Debemos necesariamente enfrentar, y ver si somos capaces de visualizar, caminos posibles para una salida racional a Chile.

Tenemos que enfrentar la salida de Pinochet, proyectándola más allá, vinculándola, en alguna medida, a lo que queremos para después de Pinochet. Nos parece que si hoy día se plantea una determinada estrategia movilizadora para enfrentar al régimen, ésta cobra más fuerza si no se limita sólo a enfrentar al dictador, sino que también plantea una alternativa positiva para nuestra patria. Creo que todos, en mayor o menor medida, estamos conscientes de esta crisis y de lo que nos espera el día de mañana; todos tenemos una sensación muy íntima, que lo que viene después es tan difícil como el proceso que hoy enfrentamos. Y, por cierto, es fácil decir que se requiere la unidad de todos. Nadie estará en desacuerdo en

ello. Sin embargo, existen aspectos a los cuales quiero referirme a continuación, que indican que no será fácil alcanzar esa respuesta nacional:

a) Un movimiento sindical debilitado

En primer lugar, tenemos un movimiento sindical, que, como resultado de lo que ha sucedido en estos trece años, tiene menos fuerza y representación que en el pasado. No porque el movimiento o sus dirigentes sean distintos a los de ayer, sino porque la política económica y monetaria de la dictadura significó prácticamente la desindustrialización del país, y porque sectores muy importantes de la clase trabajadora y la clase obrera chilena tienen hoy una situación absolutamente desmedrada con respecto al pasado.

De una parte ha habido una caída, en términos absolutos, de los sectores trabajadores susceptibles de sindicalizarse, como consecuencia de la destrucción industrial. Y, por la otra, para sobrevivir a la crisis, los trabajos inventados son actividades marginales en las cuales la organización es casi imposible. A estos factores propios del tipo de "desarrollo", hay que agregar la represión contra el movimiento sindical y una legislación laboral que impide a los trabajadores ejercer sus derechos plenamente. Son estos factores los que hoy hacen que sea más débil y aparezcan disminuido el número de trabajadores sindicalizados.

b) Un aparato estatal desmantelado

Un segundo obstáculo para lograr una respuesta nacional es la destrucción del aparato del Estado. En el pasado, determinados servicios o actividades de la sociedad chilena tenían una importancia tal, que se daba por entendido que debían ser desempeñados por el Estado. Así, había un gran Servicio Nacional de

Salud, (SNS) un sistema educacional, de obras públicas y de viviendas. Como resultado de estas funciones del Estado, para destacar sólo el punto de vista político, se constituyeron cierto referentes nacionales de profesionales, con una poderosa fuerza social y política dentro de la sociedad chilena, a partir del papel que desempeñaban dentro del aparato del Estado. Existían así los trabajadores de la salud, los trabajadores de la educación, trabajadores en el mundo de la ingeniería y de las obras públicas y vivienda, que tenían una fuerza y una capacidad de incidir en los fenómenos sociales, que sólo ahora que aquello se ha perdido apreciamos en toda su magnitud. Un paro del magisterio, por razones corporativas y salariales, o por aspectos de políticas educacionales, era un elemento fundamental que todo gobierno debía analizar con detención.

De esta forma, la sociedad chilena tenía por un lado una clase obrera y un movimiento sindical muy poderoso y, por otro, ese mundo estable que le permitía a los trabajadores manuales e intelectuales hacer oír su voz, en todos los ámbitos de la vida nacional.

Hoy, en cambio, existe un Estado que ha disminuido o destruido estas funciones; un mundo de los profesores en que el patrón es la municipalidad respectiva, o, para ser más precisos, el capitán a cargo de la municipalidad respectiva, y donde toda la política salarial se decide a nivel de la municipalidad. La formación de la Asociación Gremial de Educadores de Chile (AGECH) y la conquista, por los docentes democráticos, del Colegio de Profesores, en diciembre de 1985, son conquistas que revierten lo anterior. Pero los renovados intentos por municipalizar hoy (para mañana privatizar) busca no sólo el control polí-

co de estos gremios (vía alcaldes y ministros del Interior), sino además atomizar el sector.

Estas son consecuencias sociales de la política económica que han contribuido a debilitar los sectores trabajadores y que hay que considerar en un proceso para reconstruir a Chile.

c) Un empresariado sin proyecciones

Una tercera dificultad, producto de la crisis económica, se refiere al empresariado chileno. Todos conocemos el papel que ha jugado y que juega, la defensa que hace del *statu quo*. Hoy, sin embargo, tienen un nivel de dependencia del régimen porque la crisis llevó a poner en discusión la propiedad de los activos de las empresas. ¿De quién es hoy el Banco de Chile? ¿De quién es tal o cual empresa que está endeudada con algún banco en cantidad muy superior a su capital? ¿De nadie? La propiedad de sus activos es hoy día propiedad del régimen, lo que significa que son más dependientes de éste que antes. La propiedad de sus activos depende del crédito que el régimen les quiera otorgar.

En esto se diferencia de lo que pasó en otras partes. La burguesía uruguaya estaba contra los militares y por el regreso a la democracia, y, por cierto, también lo estuvo gran parte de la burguesía filipina. Pero la chilena no. Como alguien ha dicho, mientras no se resuelva este tema de la propiedad, porque estamos endeudados, preferimos seguir negociando con el señor Büchi o con el ministro de Hacienda de turno y no con personas hoy en día en la oposición y que no sabemos por dónde salen. Y es así como hoy vemos esta premura por privatizar rápidamente no sólo el "área rara", sino también aque-

llas empresas que han sido siempre del sector público.

Nos encontramos, pues, con un cuadro en que la reconstrucción pasa por un empresariado que tiene una percepción de corto plazo, miope, y que independientemente de las garantías que se le puedan dar o no dar, está hoy en una situación tal de crisis que lo hace restarse de cualquier esfuerzo real de las fuerzas opositoras por reconstruir el país.

Hemos visto la forma como CORFO anuncia que venderá activos por 85 mil millones de pesos. Y así, COPEC, CCU, Télex Chile, Laboratorio Chile, viñas, fundos y los principales bancos, están hoy en apresuradas licitaciones, sin que los chilenos sepamos con qué criterio se hacen estas operaciones. Mañana, investigar esto no será atentar contra la propiedad privada, sino introducir *transparencia* y un estilo ético en los negocios. Pero, mientras tanto, el mundo empresario —en su mayoría—, dedicado a "comprar", no tiene tiempo de pensar en una solución nacional para el país.

d) Los partidos políticos desarticulados

Por último quiero mencionar brevemente el tema de los partidos políticos y lo que han significado los trece años de dictadura en su capacidad para mantener su homogeneidad y su unidad.

Sin democracia en el país, es imposible resolver al interior de los partidos políticos las distintas alternativas políticas que ellos pueden recorrer. De allí la propensión a su división. En segundo lugar, y más importante, la represión en estos trece años ha afectado seriamente la capacidad de vinculación de arriba hacia abajo y de abajo hacia arriba, propias del antiguo sistema político chileno. Porque las direcciones de los

partidos de la izquierda chilena fueron todas a la cárcel, o a la Isla Dawson, el exilio o fueron asesinadas. En consecuencia, la capacidad de los partidos políticos chilenos hoy es un remedo de lo que fue. Las direcciones políticas tienen enormes dificultades para ejercer su función a través de los canales internos, y en último término, entonces, terminan haciéndolo a través de los medios de comunicación. Y basta entonces una declaración de estado de sitio, en que se nos prohíbe el acceso a los radios, para que prácticamente la totalidad de un país quede sin rumbo. Creo que las direcciones políticas tienen que plantear con franqueza este aspecto si queremos entender las dificultades que enfrentamos.

No basta con decir: "nos comunicamos con los 25 ó 30 regionales que tenemos". Es cierto, eso lo podemos hacer, pero, ¿cuál es la vinculación de los regionales del partido con el mundo real en su provincia, en su región, si en estos trece años todo el tejido de la sociedad chilena se ha cortado como resultado de la dictadura? Yo diría que a muchas direcciones partidarias les es difícil establecer mecanismos de comunicación, y si el mecanismo ya es difícil para insinuar una orientación política de arriba hacia abajo, el mecanismo no existe cuando se requiere hacer de abajo hacia arriba, salvo en sectores menores y pequeños.

El cuadro descrito aparece muy negativo. Sin embargo, el avance habido en los últimos años es enorme. Hoy hemos reconquistado o, mejor, reconstruido las organizaciones estudiantiles, los colegios profesionales, existe una red adecuada a nivel poblacional y el mundo político se ha ido plasmando en los últimos tres años en torno a definiciones teóricas importantes,

renovando sus directivas y estableciendo referentes políticos de significación. Hay dificultades, pero algo se ha avanzado.

Concertación nacional para la reconstrucción

Estos son los problemas que a mi juicio dificultan el desafío de reconstruir y así superar esas cuatro crisis que mencionábamos antes. Y repito que éste es un desafío de todos los chilenos, un desafío nacional, que debe tener presente las dificultades que señalábamos para esta reconstrucción. Deben participar en esta reconstrucción el mundo sindical, con las limitaciones que conocemos, así como el mundo empresarial, con el cual difícilmente se va a contar.

Y ante ese cuadro tiene que haber al menos tres áreas básicas en las cuales un entendimiento amplio, mayoritario, del ochenta y cinco por ciento de los chilenos que están en contra de la dictadura, es esencial. Y en torno a esas tres áreas, debemos reconstruir e insinuar un camino para el país.

Institucionalidad mínima

La primera es la necesidad de buscar acuerdos mínimos entre las fuerzas políticas y sociales respecto al tipo de estructura institucional que queremos a futuro para acordar la forma en que vamos a dirimir los conflictos que necesariamente tendremos. El estar de acuerdo o el compartir una cierta estructura o andamiaje institucional, es aceptar que sólo a través de allí, por ese andamiaje, resolveremos dificultades. Toda sociedad tiene clases sociales; las clases sociales

tienen puntos de vistas distintos, tienen planteamientos distintos, tienen intereses distintos. El punto es ver cómo se conjugan esos intereses a través de una estructura institucional mínima para salir hoy de la dictadura. Este punto debe abordarse con mucha franqueza, porque si queremos lograr un acuerdo del ochenta y cinco por ciento, tenemos que tener unos mínimos lo suficientemente amplios para que el ochenta y cinco por ciento participe. Creo que el drama de Chile no permite soluciones que no sean de mayorías. Para una respuesta nacional se requiere el entendimiento mayoritario de todos, y eso requiere de esos principios esenciales, de tipo institucional: la responsabilidad de los gobernantes, la alternativa del poder, los derechos humanos, los tipos de estructura socioeconómica dentro de la cual la sociedad podrá optar.

Tiene que haber un entendimiento institucional en el cual por ejemplo yo como socialista, crea posible construir el socialismo dentro de ese andamiaje, aceptando que si soy minoría tendré que respetar ese andamiaje institucional y la existencia de una estructura socioeconómica distinta a la que yo quisiera impulsar. Pero el andamiaje tiene que tener la flexibilidad suficiente para que el proyecto que cada uno de los sectores sociales quiera realizar, pueda hacerse. Nos parece que éste es un tema central.

El *Acuerdo Nacional* (AN) fue un primer intento de respuesta en este sentido, y aquéllos que lo interpretan como un acuerdo institucional escaso, que impide el desarrollo de distintos proyectos sociales para Chile, lo malinterpretan. Por cierto que esto puede ser tema de debate, pero desde mi punto de vista fue un

esfuerzo para establecer este andamiaje institucional de acuerdo a esos principios.

Creo que el Cardenal cometió un error cuando invitó a participar a su mesa a sectores que no cubren en todo el espectro político chileno. Les hicimos ver esto como partido, lo grave que era y las dificultades que podría traer a futuro. También hubo un error cuando, una vez suscrito el AN, se invitó al resto de los partidos políticos a incorporarse, y el Partido Comunista no lo hizo. También esto se nos ha planteado en distintas oportunidades.

Si se hubiese hecho en ese momento, cuando Francisco Bulnes el día domingo suscribía el acuerdo a sabiendas que era altamente probable que el Partido Comunista también lo suscribiera el lunes, tendríamos hoy un cuadro político chileno distinto. No existiría una discusión de los de adentro con los de afuera, de los excluidos con los no excluidos.

A pesar de todo, creo que el AN es un primer paso en la dirección de este entendimiento en torno a los principios institucionales, pero absolutamente insuficiente respecto de los desafíos que tiene el país por delante.

Porque si bien podemos plantear como bandera las medidas inmediatas del AN (en lo que dicen relación al establecimiento de ciertas libertades esenciales que constituyen un denominador común, en el cual estamos todos de acuerdo), es insuficiente en tanto apunta sólo y casi exclusivamente a los aspectos jurídicos y nos deja todo el problema de la transición en el aire, en especial los principios socioeconómicos que deben guiarla.

Bases socioeconómicas

Creo que todos estamos conscientes de que los problemas económico-sociales y morales a que me he referido requieren de una respuesta también nacional. Y es por eso, entonces, que hemos planteado la necesidad de buscar un acuerdo nacional para transitar hacia una justicia social distinta a la que vamos a recibir, que modifique la herencia que recibimos de la dictadura. En otras palabras, estamos todos de acuerdo en que los servicios de seguridad deben desaparecer, así como deben desaparecer las estructuras que hicieron posible por parte de la dictadura las violaciones masivas de los derechos humanos. Pero me pregunto: ¿por qué van a desaparecer sólo aquellas y no las reglas que establecieron un sistema económico que se aplicó durante doce o trece años, por la fuerza, y que hoy presenta un Chile distinto del Chile que fue, un Chile donde los desequilibrios sociales son hoy infinitamente mayores que los que conocimos en el pasado?

Por perfectos que sean los acuerdos en lo institucional, no vamos a reconstruir al país si no tomamos ciertas medidas concretas frente a las demandas socioeconómicas inmediatas del presente.

Esto nos conduce entonces a planos muy concretos: ¿qué pasa con los grupos económicos que tienen el control y han sido responsables del ochenta por ciento de la deuda privada chilena, y, afinando más la puntería, con Vial y Cruzat, sólo dos grupos económicos responsables de 6.500 de los 20 mil millones de dólares de la deuda externa de Chile? ¿Qué se hace con ellos?

Cuando nosotros formulamos esta pregunta, y quiero ser muy franco, no estoy planteando que a partir de la eliminación de esos grupos haremos la revolución socialista, por que entonces el ochenta y cinco por ciento de los chilenos no va a estar con esa plataforma. Pero sí estamos exigiendo que aquellos sectores que creen en el sistema capitalista tomen también una posición frente a estos grupos económicos, ya que es imposible reconstruir un sistema democrático mañana si se les deja intactos, sin afectar sus intereses cuando termine la dictadura. Porque hay una estructura socioeconómica, un nivel de demanda y de consumo en Chile propio de esos desequilibrios. Si se reactiva la economía como si nada hubiera pasado, se estarán reactivando y perpetuando esas estructuras que hoy día existen.

Es por esto que me parece absolutamente legítima la necesidad de un entendimiento muy amplio respecto a la forma en que se afecte y se modifique esta estructura económica, herencia de la dictadura. También en esto es indispensable una respuesta nacional. Reitero: el plantear un camino hacia un sistema democrático no es sólo acordar un conjunto de principios políticos institucionales, sino también crear las bases socioeconómicas mínimas, de tipo material, que los sustenten. Creo que todos estamos conscientes de la imposibilidad de sostener un camino hacia un sistema democrático mientras exista una cifra oficial de desempleo de 13% y del 22% si agregamos al PEM y al POJH. Y tampoco vamos a lograr un sistema democrático cuando a nivel poblacional el desempleo abierto es de un 65% entre los menores de 30 años, y cuando el 35% de los jóvenes menores de

30 años ocupados tienen trabajos que en promedio duran dos meses. Y si los jóvenes que tienen trabajo estable en una fábrica no alcanzan al 5%, ¿cómo vamos a construir una sociedad cuando para esa inmensa mayoría la sociedad no ofrece nada?

Este es, entonces, un tema que hay que abordar y que requiere de un conjunto de elementos. Y para esto tiene que haber una respuesta mucho más amplia que la respuesta de éste o aquel grupo político o conglomerado; por importante que sean. Es en este sentido que estamos planteando la necesidad de una respuesta nacional. Al menos tenemos que tener la voluntad para iniciar un debate sobre los principios que deben regir este período, incluso antes de iniciar las discusiones, sobre cómo generar empleo, reconstruir el sector industrial y enfrentar otros temas que también son esenciales y ante los cuales debe haber una respuesta nacional.

Debe existir una respuesta nacional, por ejemplo, sobre qué hacer con los 20 mil millones de dólares de deuda externa. Porque al día siguiente que caiga Pinochet, van a llegar los 600 banqueros que en este instante son los acreedores de Chile en el mundo, a saber qué pasa. Incluso ahora, cuando vienen a Chile, hablan con la oposición.

El ejemplo de otros países puede servirnos. Vemos que un García o un Sanguinetti buscan una respuesta nacional a este tema. Cuando Uruguay negocia la deuda externa, en la delegación, junto al presidente del Banco Central y con plenos poderes, van economistas del *Frente Amplio* y economistas del *Partido Blanco* de Wilson Ferreira. Quieren decir que entienden que el tema de la deuda externa excede la res-

puesta política del partido de gobierno. Y si estos países están en condiciones de plantear una respuesta nacional, están señalando un camino obvio frente al problema que se avecina.

Es con este propósito que los socialistas hemos presentado un *Pacto por la Justicia Social*, que no es sino un conjunto de principios que nos deben obligar a todos y que buscan restablecer los equilibrios perdidos en la sociedad chilena. Si algunos piden garantías respecto de la propiedad, con cuanta mayor razón otros piden garantías sobre el derecho a tener un empleo, el derecho a un salario digno, el derecho a una alimentación adecuada, el derecho a una atención decorosa para el enfermo y el derecho a aprender. No basta una declaración lírica. En tanto la dictadura ha beneficiado a unos en perjuicio de los sectores populares, todos tenemos que aceptar el compromiso de restablecer una mayor justicia en nuestra sociedad.

Una sola estrategia

También tiene que haber un entendimiento global sobre la estrategia o el camino a seguir para enfrentar a Pinochet. En relación a esto, la respuesta de Pinochet, al AN ha sido un elemento importante en el último tiempo, porque despeja dificultades en el mundo opositor: aquéllos que aún tenían la ilusión y creyeron que con Pinochet se podía negociar la salida democrática, hoy día la han perdido y, si persisten en ella, lo hacen de mala fe. En consecuencia, podemos olvidarnos de quienes plantean negociar con Pinochet.

El camino que la oposición se ha planteado es

aquel de la movilización que obligue a buscar una solución democrática para el país, y aparece hoy como el único viable.

Sin embargo, tenemos que ser muy claros en este entendimiento en torno a la movilización para llegar sin sectarismos a ella, sin el sectarismo de los que quieren excluir *a priori* a unos de la mesa del debate y también del sectarismo de quienes insisten en torno a una estrategia "privilegiada" que se mantiene no obstante lo que entre todos los demócratas definamos como el camino correcto. Creo que hay sectarismo de quienes excluyen al Partido Comunista y también de éste al querer imponer una determinada forma de enfrentamiento a Pinochet.

Si necesitamos una respuesta nacional del ochenta y cinco por ciento, que está en contra de la dictadura, es ese ochenta y cinco por ciento el que tiene que definir el camino que más adecuado le parece.

Por mi parte no comparto la opinión de quienes estiman que todas las formas de lucha son adecuadas. Creo que hay forma de lucha que son contraproducentes para movilizar al ochenta y cinco por ciento de los chilenos. Hay chilenos que no se van a movilizar si se impulsan determinadas formas de lucha que en último término apuntan a aceptar la lógica de la guerra. Y debemos tener la capacidad de plantear y debatir este tema así, abiertamente. Si queremos restablecer un sistema democrático, democráticamente debemos definir la estrategia que queremos seguir para lograrlo. Y una vez definida la estrategia, todos estamos obligados a ella.

¿Qué quiero decir con esto? Quiero decir que es fácil creer que hay unidad en la movilización cuando

se entiende por movilización cantar la canción nacional en la Plaza de Armas, o que se paralice el país. Esa es unidad en la movilización y allí nos encontramos todos. Pero eso no es lo único en torno a lo cual debe haber acuerdo. Todos sabemos que en un momento dado este programa movilizador, si ha tenido éxito, tendrá que enfrentarse a la salida democrática. No hay que descartar la posibilidad de que mañana alguna autoridad de la Iglesia Católica plantee la necesidad de dialogar con alguien, negociar con alguien. Y en ese momento, ¿quién va a resolver el tema de la movilización?

Si decimos que la movilización nos obliga a todos, si entre todos resolvemos un camino de movilización, entre todos tendremos que determinar si se introduce algún cambio en lo convenido. Por ello, si lo acordado nos obliga a todos a no hacer más de lo que se ha acordado, ni menos de lo que se ha acordado, puede resolverse unilateralmente. Esas actitudes me parecen tremendamente perjudiciales para una respuesta nacional. Por lo tanto, cuando hemos planteado que un *Comando Nacional de Movilización* es vinculante, estamos enfrentando el problema en lo que éste es: un problema político. El problema no es ponerse de acuerdo en quién reparte las palomitas llamando a la próxima protesta. Eso hay que hacerlo, claro. Pero el problema político que implica la movilización obliga a una concertación nacional de todos, en que nadie puede ser excluido pero tampoco nadie puede imponer al resto sus puntos de vista. Este nos parece un tema que tiene que abordarse con mucha franqueza.

El rol socialista

Frente al cuadro actual, aparece una oposición que no está a la altura de las circunstancias.

Esta oposición en lo político ha tendido a expresarse a través de distintos referentes, como son la Alianza Democrática (AD), el Movimiento Democrático Popular (MDP), y elementos hacia la derecha de la AD, como el Partido Nacional. Sin embargo aparecen tres estrategias distintas al interior del arco opositor, que hacen hasta ahora muy difícil su concertación:

a) La estrategia de centroderecha, mirada con simpatía por sectores demócratacristianos, que cuenta con el apoyo del Partido Nacional y que busca a partir de un entendimiento, que va desde PS hasta nacionales, constituir un arco opositor, que a la vez sea una alternativa del gobierno post-Pinochet.

b) La que establece un arco AD más MDP, tendiendo a excluir al Partido Nacional.

c) La que propugnamos los socialistas, hasta ahora sin éxito, en torno a una oposición nacional unida, y que se expresaría hoy en un arco que va desde el PC hasta los nacionales.

Estas tres lógicas que cruzan el escenario opositor han estado en una u otra forma presente desde el inicio, y es lo que explica por qué la oposición presenta este cuadro desunido. Lo grave que tanto la primera como la segunda lógica son absolutamente insuficientes para enfrentar el desafío actual. No puede pretenderse una alternativa de gobernabilidad futura en exclusión de un sector importante, como es el mundo comunista, y mucho menos sin que éste tenga algún tipo de compromisos, al igual que el resto de las fuerzas políticas, en la salida a la crisis. De igual manera,

no es posible suponer que el solo entendimiento AD-MDP es suficiente; en tanto, es indispensable que en ésta, al igual que en otras salidas de experiencias dictatoriales, el mundo conservador esté representado: la derecha y el empresariado también deben jugar un rol activo. Suponer que se puede prescindir de este elemento en una estrategia de recambio es no comprender la profundidad de la propia crisis que en este momento enfrenta la sociedad chilena.

En suma, tanto la estrategia de exclusión respecto de los comunistas como la estrategia de no buscar la participación del mundo más conservador, y por ende del empresariado que éste podría representar, son estrategias condenadas al fracaso, por cuanto el arco que se debe construir tiene que ser infinitamente mayor.

Estoy consciente de que estas estrategias excluyentes llevan implícito un cierto signo ideológico para la salida post-Pinochet, el cual está acorde con los deseos de unos o de otros, buscando que su tendencia sea hegemónica en la salida. Lo anterior, sin embargo, no hace sino señalar la falta de grandeza o de comprensión de la magnitud de la crisis que ha caracterizado a la oposición en este tiempo. Así, cuando se observa que las grandes preocupaciones del Partido Nacional en la gobernabilidad futura es exigir definiciones respecto al derecho de la propiedad, o bien respecto a proposiciones de los comunistas, que creen posible una salida post-Pinochet a través de una "democracia avanzada" que apunte al socialismo, no puede uno menos que preguntarse cómo estas visiones estrechas, en estas circunstancias, están dificultando una salida para Chile.

Hoy es indispensable hacer un planteamiento de denuncia frente a los obstáculos reales que enfrenta la oposición. Es muy difícil poder permanecer callado ante el drama nacional que nos rodea y en donde las miradas se vuelcan al mundo político y éste aparece entrampado por lógicas que pretenden hegemonizar una salida, sin comprender que ésta requiere de un renunciamiento a lo que son los particulares intereses de capilla o de grupo. Por cierto que las fuerzas sociales se expresan en cualquier salida, pero de lo que se trata es de reconstruir el marco de la civilidad, que permitió en el pasado expresarse desde los Bulnes Sanfuentes hasta los Luis Corvalán, y esto no tiene por qué ser presentado al país como un "oscuro contubernio" del cual los participantes deben avergonzarse, sino precisamente como un logro para reconquistar las esencias que en el pasado fueron signo de orgullo de la sociedad chilena.

Nosotros, socialistas, hemos planteado con fuerza lo anterior y esto se ha hecho en lo esencial a través de dos iniciativas que no culminaron con éxito, pero que apuntaban en la dirección señalada. De una parte, nos referimos al *Pacto Constitucional*, documento que fue aceptado desde nacionales a comunistas prácticamente en su integridad, y que no se suscribió por todos como resultado de una frase relativa al período de la transición. Pero, salvo respecto de la forma de enfrentar a la dictadura, todos estaban acordes en los principios democráticos que el *Pacto Constitucional* involucraba y respecto al cual debíamos condicionar nuestras conductas políticas futuras. De la misma manera, el *Pacto por la Justicia Social* es un esfuerzo de poder establecer los principios que los distintos partidos políticos deben asumir y aceptar para

el período de transición, y que tienen básicamente por objeto restablecer los equilibrios que la sociedad chilena ha perdido en estos trece años de dictadura, y donde se reconoce que, tienen prioridad las demandas de los sectores populares.

Nos parece, en consecuencia, que sería indispensable, sin el propósito de crear referente alguno, invitar al mundo de los sectores políticos a suscribir estos dos documentos, con los debates que sean necesarios previamente. Estas suscripciones señalarían con firmeza la voluntad de la clase política de lograr un acuerdo sustancial en el futuro que se quiere construir, y, a partir de esto, establecerían un itinerario de salida. En otras palabras, se debería ofrecer nuevamente estos dos documentos a todas las colectividades políticas del país y que su suscripción sea la respuesta que aquellos que están en la *Asamblea de la Civilidad* le demandan a las fuerzas políticas.

No se puede continuar aceptando el hecho de que las fuerzas sociales tengan un campo amplio para la concertación, pero que ésta no pueda darse entre las fuerzas políticas. Es verdad que hoy la principal de las tareas políticas es la movilización necesaria para enfrentar al régimen, y ésta, que es la política importante, no puede la oposición —casi de un modo hipócrita— dejársela a las fuerzas sociales. Por lo tanto, nosotros, los socialistas, debemos denunciar estos sectarismos que excluyen a unos y otros, y que en el fondo se buscan para imponer sus puntos de vista. Para ello es necesario hacer un planteamiento que a mi juicio debiera provenir de todo el arco de las fuerzas del socialismo chileno como una forma de emplazamiento precisamente a unos y otros.

Creo que hemos dado demostraciones más que su-

ficientes de nuestra voluntad de concertación aún con aquellos que puedan aparecer en las antípodas a nosotros, como es el gran empresariado nacional. Lo hemos hecho porque no creemos en otra solución que no sea verdaderamente nacional y sin ánimo de plantear hegemonismos de ninguna especie. Pero si tenemos autoridad a través de las acciones que hemos realizado, aprovechemos esta autoridad para intentar desentramar el cuadro político nacional antes de que mañana sea demasiado tarde.

Hoy el país se acerca cada vez más a una situación de guerra civil. El general Pinochet ha declarado la guerra como único camino de poder aferrarse a los plazos de la Constitución en la cual la gran mayoría de los chilenos no creemos. Esta declaración de guerra ha significado que de una u otra manera haya empezado a surgir una respuesta de guerra, que también debemos rechazar y que implica, también, responder con la guerra. Los armamentos que se anuncian en estos días, descubiertos en el territorio nacional, deben hacer meditar en un doble sentido; primero, sobre el por qué de la incredulidad con que la población ha recibido la noticia, y, segundo, sobre el tremendo fracaso que implicaría para el régimen la existencia efectiva de estos armamentos. Querría decir, en este último caso, que la seguridad militar tampoco ha podido ser garantizada tras trece años de autoritarismo por este gobierno.

Lo grave es que, ante esta lógica de guerra, el tiempo para proponer una solución política, como la descrita en las líneas anteriores, se acorta. Es indispensable que exista claridad en torno a un mecanismo político de salida a la crisis, mecanismo que no puede ser ser otro que restablecer la soberanía popu-

lar y que sea el pueblo de Chile el que en elecciones libres, secretas e informadas opte por señalar un camino para Chile. El convocar a la constitución de un gran comando para exigir *elecciones ahora* en el país, puede ser la respuesta adecuada. El país tiene que percibir que hay un camino de tránsito de la dictadura a la democracia a través de un conjunto de medidas que culminan en una elección clara. Registros electorales hoy son relativamente fáciles de construir a través de los mecanismos computacionales. Lo que se necesita es la voluntad política para implementar un conjunto de medidas que deben ser las inmediatas del *Acuerdo Nacional* y que apuntan al restablecimiento de los derechos humanos, el fin del exilio, la libertad de prensa y reunión, desmantelamiento de los aparatos represivos. Esta solución política tiene que lograrse a través de una movilización amplia y masiva del pueblo de Chile.

En este sentido, la *Asamblea de la Civilidad*, que reúne al conjunto de organizaciones sociales más amplio que se ha logrado establecer en la historia del país, ha podido plantear un conjunto de reivindicaciones económico-sociales respecto de las cuales los partidos políticos tienen la obligación de asumir el compromiso de satisfacerlas mañana, en democracia. A través de la *Asamblea de la Civilidad* debemos ser capaces, en consecuencia, de definir, entre todos, los criterios de movilización que realmente motiven al ochenta y cinco por ciento de los chilenos que quieren restablecer la democracia ahora. El logro de una estrategia común en materia de movilización debe también, entonces, permitir facilitar el entendimiento en otros planos, especialmente en lo que dice relación

con la solución política.

Consideraciones Finales

Quiero hacer algunas reflexiones finales. La primera respecto a lo que ha ocurrido en el plano internacional y acerca del por qué, casi sin darnos cuenta, el drama de Chile está dejando de ser un drama del cual se preocupan sólo los chilenos.

A medida que la crisis en la sociedad de Chile se profundiza y nos acercamos a una situación de enfrentamiento, los intereses de la comunidad internacional y de los distintos países que la forman hacen que éstos adopten caminos, frente a la situación de Chile, acordes con lo que son sus particulares intereses. Hemos dicho que, cuando se trata de países grandes y poderosos, la historia enseña que éstos utilizan las relaciones internacionales para mantener o representar su fuerza y poderío. Esto es lo que da origen a relaciones de carácter imperial, en las que los estados, si bien continúan nominalmente soberanos, terminan económica, política o culturalmente sometidos a la hegemonía de otras sociedades. El imperialismo ha sido, entonces, una constante en la historia; cada sistema político y económico que se encuentra en su apogeo trata por todos los medios de perpetuarlo y las relaciones internacionales constituyen un medio eficaz para ello.

Cuando los socialistas decimos que estamos en contra del imperialismo, estamos señalando que queremos establecer una relación más equilibrada en los contactos internacionales, sean éstos políticos, económicos, militares o culturales. Cuando afirma-

mos nuestra autonomía en el plano internacional, queremos precisamente señalar que nuestros problemas los debemos resolver los chilenos y que nuestras relaciones internacionales deben estar también en función de los intereses nuestros, y de ahí entonces la necesidad de mantener una equidistancia de las grandes potencias.

Cuando una sociedad se polariza a los límites a que ha llegado Chile, los intereses imperiales afloran más nítidamente, en tanto se tiende a sacar cuentas de las ventajas o inconvenientes que presenta una sociedad que está pronta a entrar en el trauma de la lucha fratricida y la desintegración. Pero si queremos que el problema de Chile lo resolvamos los chilenos, tenemos no obstante que tener claro que otras sociedades miran con preocupación lo que aquí pasa y que la solidaridad internacional que ha despertado la lucha del pueblo de Chile debe entenderse como un mecanismo idóneo para apurar el fin de la dictadura; la polarización a que ha llevado el general Pinochet a Chile hace que ahora también la comunidad internacional vea la necesidad de una salida rápida y de carácter político a esta crisis. Una lucha fratricida en Chile pone en peligro la estabilidad de los nacientes regímenes democráticos que están surgiendo en el Cono Sur. Es lo que ha planteado reiteradamente un Presidente Alfonsín, un Presidente Sanguinetti, un Presidente García. De ahí, entonces, que el cuadro internacional obliga a pensar y a meditar en la necesidad de una salida nacional como la que se ha descrito en estas líneas.

Sin referirnos a la influencia que pueda haber tenido el ejemplo de Filipinas o Haití, sólo quisiera decir que si algo aparece claro en estos fenómenos es lo

siguiente: ninguna dictadura personal negocia y se va voluntariamente, y es bueno que saquemos esa enseñanza. Segundo, que la forma de enfrentar a esas dictaduras personales ha sido con una movilización nacional muy vasta. Tercero, ha sido posible establecer una cierta movilización del pueblo, de la sociedad, tras banderas muy específicas. Y cuarto, que hubo apoyo internacional, o de la Iglesia en el caso de Filipinas, solo después de que estos pueblos internamente pusieron en jaque al dictador y no antes. Por lo tanto, por importantes que sean los fenómenos internacionales, nadie hará la tarea por nosotros. En la medida que seamos capaces de desarrollar determinado tipo de situaciones en el país, puede ser importante la influencia moral de una entidad como la Iglesia o la comunidad internacional en sus distintas expresiones.

Pensando en los tantos amigos que no pueden vivir en la patria, se nos plantea en toda su magnitud el exilio. Y más allá del drama, está el descubrir cómo se mira desde afuera a Chile y cómo mantener en el Chile que queremos construir mañana, este capital humano que la sociedad chilena acumuló a través del exilio, porque hoy tenemos un Chile que tiene un nivel de conocimiento de lo que pasa afuera, de contactos, de relaciones que nos han hecho perder el carácter insular que antes teníamos. Hemos aprendido que las relaciones internacionales son importantes.

Es un desafío, entonces, en esta tarea tan grande que es reconstruir Chile, a partir de la crisis en que se encuentra, usar el capital que individual o colectivamente hemos ido construyendo fuera de Chile y utilizarlo para Chile. Todos éramos en una u otra medida

provincianos; las relaciones internacionales eran una cosa etérea, que quedaba fuera. Ahora hemos aprendido que esto no es así; tenemos que ver cómo otras experiencias, otros mundos, sirven para lo nuestro.

Europa fue devastada por el fascismo, pero muchas sociedades se reconstruyeron a través de gobiernos nacionales y experiencias nacionales. De Gaulle entró a París y gobernó con los comunistas por año y medio; y en Italia, De Gasperi, el líder demócratacristiano, gobernó con un viceprimer ministro, Togliatti, comunista, durante ocho meses. Estos países han podido dar respuestas nacionales a situaciones de profunda crisis para reconstruirse, y eso es un tema que tenemos que entender y captar.

Chile, por su parte, cuando nacionalizó el cobre dio una respuesta nacional: todo el Congreso aprobó la nacionalización. Si bien ese fue un tema que planteó inicialmente la izquierda con mucha fuerza, luego se amplió a otros sectores de la sociedad chilena hasta que al final hubo una respuesta de todo Chile.

Por eso digo que cuando estamos enfrentando el tema de la crisis de la sociedad, no basta sólo el tema de la unidad que se grita tan fácilmente; no basta con decir "quiero unidad" para terminar con la dictadura si no la tenemos para estas otras cosas, si no la buscamos también con un cierto grado de humildad para reconstruir Chile en su adversidad. Aprendamos al menos eso: que la democracia la perdimos entre todos porque no supimos cuidarla cuando la teníamos. Aceptemos, también, que no podemos llegar con opiniones predeterminadas a recuperarla. En nuestro caso, en mi partido no aceptamos ni exclusiones ni verdades *a priori*, pero tampoco nos parece bien que para

un determinado entendimiento nacional que queramos imponer una determinada verdad.

El drama es demasiado profundo y permanente, todos los sabemos; lo que nos ha ocurrido como sociedad es demasiado dramático y creo que la posibilidad de reconstruir parte de la comprensión de que más allá de pequeños intereses de partidos, de grupos, de cúpulas diferentes, está un destino muy superior. Con esto no estoy diciendo que dejamos de ser lo que somos. Lo que estoy diciendo es que tiene que haber a lo menos un elemento mínimo de entendimiento para que a partir de ahí sigamos planteando nuestras discrepancias, y para que a partir de ahí los unos intenten construir el socialismo y los otros intenten preservar lo que tienen en una sociedad capitalista.

Pero ahora lo importante es poner fin a esta pesadilla, entendiendo que la pesadilla no es sólo Pinochet, sino esta crisis que desangra a nuestra patria, a partir de la cual es necesario reconstruirla.

UNA EXPERIENCIA Y UNA REFLEXION

Lo acaecido en septiembre (1) desde un atentado presidencial la ejecución fría de dirigentes opositores, al encarcelamiento de otros y a la implantación de un estado de sitio —en donde lo más determinante es cancelar los escasos canales de comunicación de la disidencia civil— ha hecho meditar a muchos sobre el trágico destino que nos espera si no se detiene hoy, con decisión y por todos los que queremos un sistema democrático, este camino de violencia creciente.

(1) *N. de E.* Se refiere al atentado a Augusto Pinochet del 7 de septiembre, durante el cual murieron cinco de sus escoltas y a las secuelas represivas que esa acción provocó.

Durante diecinueve días permanecí privado de libertad (2). Nunca supe las razones de ello y, por cierto, tampoco las de mi liberación. Es un signo de estos tiempos la arbitrariedad de quienes detentan el poder, pero ello no es lo más importante. Durante esos diecinueve días recibí la solidaridad de muchos, conocí el calor humano de otros y también la actitud profesional de los que se suponía eran mis carceleros, y con los cuales, se estableció un canal de comunicación digno, como corresponde a seres humanos.

Durante mi detención conocí dirigentes políticos y luchadores sociales, todos con el norte de construir un Chile en democracia y todos rechazando la lógica de la guerra, porque entienden que por esa vía no se construye democracia, sino tan sólo se camina hacia una u otra dictadura. El mundo en la cárcel se achica rápidamente — son pequeñas cosas las que ven constituyendo el drama cotidiano de cada día. A partir de esas pequeñas cosas se empieza a explorar el mundo que nos rodea y se empieza a encontrar el rostro cálido, la mano fraterna, el ser humano en último término, que cualesquiera sea su condición, es capaz de dar y es lo que en definitiva restablece la confianza en nuestra capacidad de sobrevivir. Hoy la mayoría de ellos siguen detenidos (3): debe ser nuestro compromiso luchar por su libertad, y ese compromiso debe ser asumido por todos, porque aquí se trata de una

(2) *N. de E.* Ricardo Lagos fue detenido, junto a decenas de opositores, después de la declaración de Estado de Sitio por parte del régimen militar, en septiembre 1986.

(3) *N. de E.* Entre otros, seguían detenidos Germán Correa, el sacerdote Rafael Marotto, Enrique París y numerosos dirigentes sindicales, estudiantiles y políticos. Posteriormente fueron liberados por el régimen.

violación de los derechos humanos. No hacerlo sería admitir un juicio político a los que hoy quedan privados de libertad y hacernos cómplices de una arbitrariedad.

Conocí también la solidaridad de aquí y de fuera, de mi pueblo, de mi partido, de los comites regionales, de algunos muy modestos que escribieron una carta, de otros que enviaron un saludo o que nos visitaron. A todos ellos gracias, pero particularmente a quienes están muy lejos de pensar como yo pienso y que entendieron que lo que estaba en juego era el derecho a pensar de un modo diferente. Quiero en este artículo confesar la emoción que en más de un momento me embargó cuando supe de algunos a quienes no he conocido, salvo porque piensan distinto a mí, que reclamaban mi libertad. Ese es el Chile de ayer y de mañana, el Chile de siempre.

Respecto a quienes más allá de las fronteras expresaron su solidaridad, personas y organismos, gobiernos y amigos, Presidentes y Primeros Ministros (4); quiero entender en esa expresión de solidaridad la comprensión cabal que todos ellos tienen del drama que se está imponiendo de un modo lento, pero ascendente, en Chile. Si no se detiene hoy la polarización y la violencia creciente, habrá mañana una situa-

(4) *N. de E.* A Ricardo Lagos le llegaron cables de solidaridad de gobiernos como los de Argentina, Brasil, Uruguay, Venezuela, Estados Unidos, Inglaterra, España, Italia, Austria, Suecia, Alemania Federal y otros países; también recibió manifestaciones de personalidades como Willy Brandt, Jimmy Carter, Pérez de Cuellar, Alain Touraine Bettino Craxi y diversos otros. Numerosos fueron también las adhesiones de parte de connotados estudiosos y académicos universitarios de todo el mundo.

ción de enfrentamiento en nuestra patria que afectará los intereses de todos. Quiero entender, en consecuencia, que esa solidaridad internacional refleja la preocupación por lo que está ocurriendo en nuestra patria y en donde se puede avizorar un conflicto creciente. Como resultado, podría ser que la suerte de los chilenos no la resolvamos acá, sino que en alguna capital extranjera. No hace mucho tiempo que Centro América era un problema de los centroamericanos; hoy no nos extraña que Centro América esté en la agenda de negociación de las grandes potencias. Leamos la prensa de los últimos días y creamos todo lo que ellos dicen y leeremos, entonces, que Cuba envió un barco para desembarcar armas con respaldo soviético; que USA se apresta a votar en contra o abstenerse en un organismo internacional como el Banco Mundial; que la Comunidad Económica Europea protesta por los atropellos a los derechos humanos y la privación de libertad de dirigentes políticos y el Vaticano deplora la situación internacional. Cuba, Unión Soviética, Estados Unidos, Europa, el Vaticano: qué más puede pedir un país para tener la percepción del drama que está ocurriendo en nuestra patria. Cuando la respuesta que se da desde los más altos órganos de poder consiste en decir que este año se retiraron menos delegados que el anterior, durante la intervención del Canciller de Chile en Naciones Unidas, uno no puede menos que mirar con algo de desesperanza, si piensa que el destino de la patria está en los que hoy detentan el poder. Por eso debemos asumirlo como una tarea de nosotros, los más, lo que estamos acá del lado de la democracia, edificar el porvenir con nuestras propias manos. Nadie lo hará por nosotros. Esa solidaridad in-

ternacional la interpreto como la respuesta que el mundo civilizado da en apoyo a aquéllos que luchan por una salida civilizada, política y racional, al drama de Chile. Por ello se movieron gobiernos y se movieron amigos: por ellos, hoy en buena medida puedo escribir estas líneas en libertad.

En la soledad de la prisión y cuando daba cinco pasos en el calabozo o veintiún pasos en el patio de los calabozos de Investigaciones o treinta y siete en un frío gimnasio de la Tercera Comisaría, meditaba sobre los últimos años en Chile, sobre lo que había hecho y que me había llevado a estar privado de libertad y en qué medida esa privación infería un sufrimiento y un agravio a los míos. Y repasaba entonces lo que habíamos hecho nosotros, socialistas, a través de un período de lucha y de autocrítica, de lo que había sido nuestro partido, lo que logramos construir, el triunfo que alcanzamos y la derrota que tuvimos el 11 de septiembre. En estos 13 años los socialistas hemos meditado Chile, lo hemos repensado desde la óptica nacional y de la óptica popular que son los signos esenciales de la característica del socialismo en Chile. Con el impronste democrático en el método y revolucionario en los objetivos que perseguimos, a partir de ciertos principios básicos que nos vienen de 1933, pero también de las modificaciones profundas que se están produciendo ahora en un sentido negativo, pero que van a marcar de un modo indeleble el Chile que va a emerger mañana tras estos 13 años de autoritarismo. Esta forma de repensar Chile es lo que dio origen en muchos ámbitos a una nueva forma de querer adaptar los principios permanentes del socialismo chileno al trauma de una sociedad que pasa por una pola-

rización, por una dictadura, y por una modificación drástica de su estructura económica y social como resultado de la aplicación de determinado modelo de política económica que se puede imponer por la fuerza de las armas. Desde esta óptica nacional y popular, democrática y revolucionaria, intentamos repensar Chile, repensarlo a partir del momento de nuestro triunfo con Allende y a partir de lo que fue la experiencia que a todos nos ha marcado: la derrota del 11 de septiembre. Pero las constantes permanentes del socialismo están aquí con nosotros en medio del oscurantismo de repensar el socialismo que queremos para el Chile del mañana, y junto con repensar el socialismo que queremos, empezamos a repensar la forma de entender y de abordar el drama nacional de una dictadura que se enseorea en la patria, entendiendo que no era tarea ni de un partido ni de un grupo, sino que de muchos, de los demócratas todos, enfrentar el desafío de recuperar la libertad para la patria. El proceso de renovación y de autocrítica que nosotros hemos hecho, creo que no lo ha hecho ningún otro grupo político en Chile. Ello porque tenemos confianza en lo que nosotros pensamos y en nuestra convicción socialista, porque hemos sido capaces de ser audaces en el repensar del país con el prisma de nuestra experiencia pasada, de nuestra realidad y del drama del presente. Por todo ello hemos sido capaces los socialistas de repensar Chile, como no lo ha hecho, creo, otra colectividad política.

Lo hemos hecho a partir de nuestra concepción de un socialismo nacional y popular, que entiende que a partir de la compatibilidad entre la búsqueda de libertad con grados crecientes de justicia social pode-

mos alcanzar una democracia más estable para Chile.

Al iniciar nuestro proceso de reflexión, constituimos la Alianza Democrática que nos pareció, y nos parece, la herramienta adecuada para poder enfrentar con, la más amplia coalición de partidos políticos, los que eran los desafíos de la dictadura presente y nos pareció que ese instrumento que debía ser amplio y sin exclusiones, tenía que tener un enraizamiento en la base social del país; de ahí, entonces, que nos pareció sustancial y esencial el plantear una movilización social a través de lo que en un instante fueron los cabildos que planteamos a lo largo del país. Seamos autocríticos, creo que fue un grave error no perseverar en ello y no haber sido capaces de plasmar a través de los cabildos el instrumento en donde la base del pueblo mismo nos encontramos todos, más allá de lo que eran los planteamientos políticos de unos y de otros, en la búsqueda común de un camino para enfrentar la dictadura. Entendimos que una coalición de partidos por sí sola no estaba en condiciones de dar cuentas de la magnitud del drama nacional y la reconstrucción que ella implicaba y de ahí que quisimos comenzar reconstruyendo la institucionalidad destruida a través de una constitución que la inmensa mayoría rechaza por considerarla anti-democrática en su origen y en su contenido. Cuando a partir del Bloque Socialista lanzamos la tesis del *Pacto Constitucional*, estábamos buscando el establecimiento de un conjunto de principios matrices que deben guiar nuestra institucionalidad futura. Me tocó participar muy activamente en ese documento, y creo que tengo el deber de decir que en un instante todos los sectores políticos, de nacionales a comunistas, estuvimos acordes

en un texto respecto de los principios de la institucionalidad futura que nos debía regir. Ese documento no se suscribió porque unos y otros querían hacer referencias a diversas estrategias para llegar a esa institucionalidad futura.

Cuando me paseaba en aquellos largos corredores de la cárcel en esos diecinueve días pensaba que ese fue un momento crucial para la oposición chilena. Hay muchos que participaron de esas conversaciones, ellos saben de lo que afirmo, saben que no hubo capacidad ninguna de tener grandeza para entender que la estrategia que en ese instante nos separaba era secundaria si hubieramos llegado a demostrar que había una gobernabilidad posible para el país a través de esos principios esenciales. Fue un grave error haber temido aparecer ante el país todos juntos, olvidándonos que en el pasado, para usar la terminología que gusta a la dictadura, existió en este país un "*gran contubernio*", el "*contubernio*" que permitía unir bajo un mismo techo a Francisco Bulnes y a Luis Corvalán; el "*contubernio*" de los que creían en un sistema democrático y que les permitía discrepar cada seis años en torno a un presidente y cada cuatro para elegir un Congreso.

En cierto modo el Acuerdo Nacional para transitar a la plena democracia fue un derivado del Pacto Constitucional. Se trata de un paso importante el que distintas colectividades políticas hayan podido construir una respuesta de este tipo. Sin embargo, nos ha parecido a los socialistas que esa institucionalidad por importante que sea, no es suficiente si no se da cuenta de los dramas cotidianos y las inequidades y desigualdades que la dictadura dejará como herencia. Los

socialistas hemos planteado reiteradamente que, así como no queremos aceptar la herencia que dejará la dictadura en materia de órganos de represión, de la misma manera tampoco queremos aceptar, ni podemos, la estructura económica y social que se va a heredar y que es resultado de la aplicación de una política económica con altos grados de inequidad que ha significado una profunda desigualdad en nuestra patria. Chile es hoy más pobre; consumimos un 15% menos que en 1970, pero el quinto más rico de la población chilena consume un 30% más, en tanto que el 40% más pobre consume un 50% menos. Ahí está, en un frío guarismo estadístico, expresada la profundidad de la tensión social por la que atraviese la sociedad chilena hoy día. Ese es el fundamento profundo de la tensión social y de la explosión que percibimos, ése es el hecho máximo de violencia que se establece sobre nuestra sociedad cuando se impide que la expresión de aquéllo estalle sólo por la vía de la represión, por ello es que hay que allanar poblaciones una y otra vez, para que ese 40% más pobre no estalle y reclame su derecho a la equidad. Esa tensión social es lo que está detrás de lo que debemos superar, pero junto con ello, y mientras esa tensión social existe y mientras el estado de sitio hoy nos agobia, se está procediendo también a enajenar el patrimonio de los chilenos de una manera que no conocemos, en que las empresas del área pública se traspasan al área privada, en que las empresas que ayer fueron privadas, y que hoy tienen que pagar todos los chilenos por la vía de la deuda externa, están siendo rápidamente traspasadas. Creo entonces que no es justo, cuando los socialistas decimos que mañana tendremos necesariamente que

revisar este traspaso que hoy se está haciendo, que es como un desconocimiento de derechos adquiridos o de normas que se pueden convenir durante la transición sobre el tema de la propiedad privada, sino que simplemente como la aplicación de principios éticos al campo de la esfera económica. Junto con ello estamos presenciando, en medio del estado de sitio y de la violencia desencadenada, cómo se continúa desmantelando lo que es patrimonio de todos los chilenos por mecanismos poco claros, que el pueblo no conoce y que hacen que unos y otros se demanden recíprocamente ante los Tribunales, en las Comisiones Progresas y en las Comisiones Antimonopolio, en donde lo que está claro es que el patrimonio común no tiene hoy quien lo defienda. De esa manera escuchamos perlas como "*Chilectra seguirá siendo servicio público aunque sus dueños sean privados*". Lo que ocurre es que éste no es un Estado subsidiario, este es un Estado que subsidia al peor tipo de capitalista, lo que es distinto, y frente a esta estructura que está emergiendo por esta vía torva, los socialistas decimos que tiene que ser modificada por condiciones de moralidad pública; ésta es una respuesta que tenemos que asumir entre todos. El fin de la interdicción política, las violaciones de los derechos humanos y la exclusión económica y social no son cosas separables. Por ello planteamos un *Pacto por la Justicia Social*, porque es indispensable restablecer los equilibrios que la sociedad chilena ha perdido en estos trece años de dictadura. Esos equilibrios implican que las demandas sociales tienen que ser satisfechas y ello tiene que ser asumido como un compromiso de todos, por distintas que sean nuestras percepciones políticas. Tenemos

que entender que no reconstruiremos una institucionalidad mañana si entre todos no tomamos las medidas para restablecer los equilibrios que Chile perdió como consecuencia de los monetaristas de Chicago.

Ese *Pacto por la Justicia Social* es lo que en cierto modo nos lleva a plantear las Bases de Sustentación para la Gobernabilidad, en donde, a partir del reconocimiento que en la sociedad existen diversidad de pensamientos e intereses y que esto se expresa en una pluralidad de opciones políticas, sociales y culturales, establezcamos la necesidad de superar las extremas desigualdades existentes en el Chile de hoy.

Cuando se repasa lo hecho, contrariamente a lo que algunos dicen, puedo afirmar aquí que la oposición ha hecho sus tareas. Se ha logrado una homogeneidad importante de planteamientos, se han sentado a una misma mesa los adversarios de ayer y de antes de ayer para exigir y reclamar la vuelta a la democracia, para especificar algunos de sus contenidos centrales y para comprometerse a no buscar otra salida dictatorial. En lo social se han logrado también importantes victorias. El problema no es que estemos unidos ni que no sepamos lo que queremos, el problema es cómo la mayoría retoma su propio destino. Hoy reivindicamos los chilenos lo que hemos hecho en estos oscuros años, porque el solo hecho de sobrevivir ha sido un triunfo frente a políticas tan excluyentes o aniquilantes en lo económico, en lo político y en lo social. Hemos aprendido que lo nacional no es algo por descontado, que el país puede ser puesto en peligro por un pequeño grupo ideologizado y poderoso; de allí el desafío que hemos aceptado: encontrar en el seno del movimiento democrático la expresión justa de lo na-

cional para la realidad de aquí y de ahora. Por ese camino, hemos podido establecer importantes instancias de participación y coordinación de las posiciones de los distintos segmentos populares, y hoy tenemos colegios profesionales, organizaciones estudiantiles, centrales sindicales, comités poblacionales que son una expresión de la riqueza creadora que la sociedad chilena ha ido estableciendo, no obstante las limitantes de un sistema autoritario. No es mi intención aquí afirmar que lo hecho es suficiente; queda mucho por hacer. Pero tampoco puedo aceptar a quienes declaran, junto con el gobierno, que la oposición ha sido incapaz de ponerse en pie. Reconozcamos las dificultades y enfrentémoslas, pero no nos hagamos cómplices de quienes suponen que el destino de nuestro país lo tienen sólo los que detentan el poder.

Es tiempo ya, que reconozcamos todos, que lo nacional y lo popular están íntimamente ligados. No hay un destino nacional para Chile que no incluya una mejoría sistemática en la situación de las mayorías nacionales. Un sistema excluyente de las mayorías es inestable y en definitiva, no viable, salvo bajo dictadura y con una represión cada vez mayor. Por eso los socialistas podemos hablar al país y proponerle un futuro, porque el punto de partida de nuestro análisis es la realidad que vive el pueblo. Ni la economía, ni la democracia, ni las condiciones sociales en general, pueden ser democráticas si no permiten la participación de las mayorías.

Cuando el socialismo ha planteado que tiene que haber una participación de la mayoría nacional para impedir las exclusiones económicas que se dan en Chile, hemos querido decir que en el *Pacto por la Justicia*

Social están las bases esenciales que podría tener el Chile que construyamos mañana. Gran parte de estas propuestas se contemplaron en el *Pliego de Chile* y en la Demanda de Chile de la *Asamblea de la Civilidad*, otras propuestas a través de un documento de importancia suscrito por trece colectividades, las denominadas bases de sustentación para profundizar el *Acuerdo Nacional*. Creemos que esta respuesta nacional, que hemos estado demandando, nos ha permitido en sus líneas gruesas tener las proyecciones institucionales del largo plazo en que todos estemos acordes, tener los lineamientos de los principios económicos sociales de la transición para reestablecer los equilibrios que el país reclama para una democracia estable. Nos parece entonces que a través de estos mecanismos, la oposición chilena con mayores o menores discrepancias ha hecho su tarea, hemos sido capaces de sobrevivir como chilenos ante la política excluyente que se nos ha impuesto por la fuerza, hemos sido capaces de reaccionar ante el ideologismo extremo que pone en peligro las bases mismas de la nacionalidad chilena, hemos sido capaces de reconquistar las organizaciones que en el pasado tuvimos, que la dictadura clausuró. Hoy hay organizaciones sindicales elegidas por trabajadores, hoy hay federaciones estudiantiles en que ellos eligen sus direcciones, hoy existen colegios profesionales reivindicados por los propios profesionales, hoy vive un tejido social que hemos podido construir no obstante la opresión militar. Por esto no es posible aceptar aquellas afirmaciones que ven lo realizado por la oposición este año como si hubiera arado en el mar. La oposición ha demostrado en buena medida capacidad de entendimiento y concertación, más allá

de lo que han hecho las direcciones políticas, a través de lo que ha sido la respuesta de la base social de nuestras propias organizaciones. Es real la dimensión de lo que hay por delante, son reales las dificultades que existen, son ciertos los errores que se han cometido, pero a veces se olvida también el tipo de adversario que está por delante y lo difícil que es avanzar bajo el autoritarismo.

Se ha criticado las movilizaciones que hemos determinado. La movilización no ha sido una invención de un grupo de iluminados en la oposición, ha sido más bien la respuesta natural que hemos ido encontrando ante una dictadura que nos ha negado todo; no tenemos parques ni plazas para reunirnos, no tenemos acceso a los medios de comunicación, no tenemos los mecanismos tradicionales para ejercer nuestro derecho a voto, se nos negaba nuestras hasta las más simples instituciones. Sin embargo, desde el 82 hasta ahora hemos ido reconstruyendo nuestras escasas organizaciones sociales. Con esta movilización, que ha surgido como una respuesta natural, el 83 y el 84 conquistamos espacios decisivos de expresión opositora. Por cierto que tiende a agotarse, por cierto que no ha sido suficiente para implementar una estrategia común entre todos, pero no es justo decir que esta movilización se ha desvirtuado porque algunos han querido utilizarla en su propio beneficio y para lo que es su propia estrategia. Quizás ha habido algo de esto, pero si hay una movilización que se ha desvirtuado es porque fundamentalmente ha habido una dictadura que no quiere que la mayoría nacional se exprese, porque hay miles de soldados en la calle en ocasión de una jornada pacífica del pueblo chileno.

Donde no hubo una respuesta nacional de la oposición fue en la estrategia a seguir. En esto debemos ser claros y enfáticos: no es cierto que todas las formas de lucha sirvan para enfrentar una situación dictatorial, ni que se refuercen recíprocamente. Las formas de lucha que define la mayoría son siempre incompatibles con mecanismos violentos, armados o militares que una minoría que se dice iluminada quiere implementar. Por lo tanto, el tema de la unidad en las formas y en las estrategias para enfrentar a la dictadura es un tema que está en el centro del debate porque la unidad pasa por aceptar la decisión de la mayoría y no por la condescendencia con aquellas minorías que con acciones unilaterales dificultan el camino que la mayoría prefiere. Aquellos que programan un atentado, con su hecho y su acción están excluyendo a la mayoría del derecho a decidir su propio camino. Nosotros no queremos excluir a nadie, de lo que se trata es de que todos aceptemos la definición de un camino común. Quien no acepte este principio democrático básico no tiene derecho a estar entre los demócratas.

El mes de septiembre ha puesto al desnudo, con su espiral de violencia, el drama profundo de un país en que no somos capaces de decidir entre todos una estrategia, aislando a quienes están enseguidos por la lógica de la guerra.

Pero esa misma violencia, y la espiral que se ha generado, ha debilitado los pilares en que se sustenta el actual régimen. La lógica de la guerra es la gran derrotada por lo ocurrido en septiembre, y se está produciendo hoy una decantación en el cuadro político de extraordinaria importancia. Se debe rescatar a todos

quienes hasta ayer apoyaban o se sentían intérpretes o cercanos al mundo gubernamental y que hoy se preocupan al ver cómo se utiliza lo acaecido para reforzar un mecanismo de prolongación indefinida de un poder personal, mecanismo complementado por una espiral creciente de represión. Junto a ello se produce el aislamiento, en el otro extremo, de terrorismo que utilizan la vía militar. Es esencial, entonces, que quienes buscamos una solución política podamos distinguir y darnos cuenta que no todos están en un mismo saco. No distinguir eso sería un trágico error, del cual el único beneficiario sería quien busca la salida militar.

Creemos los socialistas que la tarea central de hoy es cómo se incorporan una respuesta nacional, y a una solución política, aquellos sectores que van separando de uno y otro extremo para aislar aún más a quienes están enceguecidos por los tambores de la guerra. A partir de esto y con límites muy claros, tanto a derecha como a izquierda, de no al terrorismo y sí a la democracia, no a la guerra sí a la paz, reconstruiremos el país.

Hemos demostrado que tenemos entendimientos de largo plazo y que tenemos entendimientos para la transición a través de las bases de gobernabilidad. Hoy es posible contar con un itinerario claro, el cual debe proponerse al pueblo, ya que cualquier solución pasa por el reconocimiento de que la soberanía reside en el pueblo. A partir de esta convicción estamos dispuestos a conversar con las FFAA. No estamos dispuestos a conversar en base a soluciones de maquillaje de institucionalidad actual en donde no se entienda que es necesario lograr un instrumento que permita un cam-

bio profundo en la estructura actual. Esto pasa primeramente por comprender la magnitud de la crisis del presente. No es posible, en consecuencia, a través de un diálogo superficial ganar credibilidad ante la opinión pública.

Cuando planteamos la necesidad de una solución política a la crisis del país, estamos señalando la necesidad de una modificación de la estructura institucional del país, en virtud de la cual el ciudadano, único soberano, deberá ser llamado a resolver la crisis del país. Cuando se dice esto, se dice que se requiere una solución que implique un mecanismo de tipo electoral, se requiere una solución en la que el diálogo que se nos invita debe tener un solo elemento esencial: que su resultado signifique que la sociedad chilena podrá pronunciarse soberanamente, soberanamente sobre un camino de solución política, nada más ni nada menos. Porque no estamos seguros si esa es la misma convicción del régimen interlocutor, es que hemos rechazado estas invitaciones a dialogar. Un diálogo debe prever un mecanismo que le permita a la sociedad chilena volver a expresarse libre, secreta y soberanamente, ése debe ser su propósito único y final.

Si no encontramos una solución hoy, habrá una cruenta y larga guerra que desangrará a la nación por décadas. El riesgo de "salvadorizar" Chile es más que posible, y una solución política tardía no sirve. Frente a ese riesgo es necesario que los partidos se definan. El Partido Comunista tiene un rol que jugar en el escenario político de Chile, como lo jugó en el pasado, pero debe definirse sin ambigüedades frente al terrorismo. En este proceso de decantación, las fuerzas democráticas deberían hacer un esfuerzo por tender

puentes unos a otros, pero ello hecho con claridad, rechazando la polarización creciente y abriendo paso a un entendimiento nacional.

A partir de estas convicciones y con el camino trazado sobre los entendimientos básicos que hemos construidos, debemos replantearnos el tema de la movilización social, porque no existen casos de tránsitos a la democracia sin un pueblo que luche por ella.

Chile año 2000

Hace trece años vivimos la noche de la dictadura y faltan trece años para que entremos al próximo siglo. Hoy somos nosotros lo que podemos proyectar el Chile del futuro, porque quienes detentan el poder se aferran a los plazos de una Constitución, no tienen caminos de salida. Con la democracia están las organizaciones sociales, están las organizaciones políticas, están las organizaciones religiosas y morales de Chile, están los que quieren reconstruir un sistema democrático de convivencia entre chilenos. Podemos, porque somos mayoría, comenzar a reconstruir los grandes lineamientos que tenemos para Chile. El Chile que se fue construyendo con el aporte de tantos sectores, de tantas clases sociales y de tantos hombres y mujeres, está aquí con los ausentes que nos legaron su ejemplo y con los jóvenes que se suman cada día a la causa de Chile.

Hemos avanzado, pero no lo suficiente. Los políticos debemos plantearnos con crudeza la autocrítica por nuestros errores en tantas áreas, porque no hemos logrado proyectar una imagen de unidad no obstante

los logros que hemos tenido y que he reseñado. Y más importante: debemos tener una política clara hacia las Fuerzas Armadas, porque quienes visten uniforme son parte de Chile, viven bajo este cielo y pisan este suelo que los vio nacer igual que a nosotros. Por eso no parece viable pretender reconstruir sin definir entre todos el rol que les corresponde a los uniformados. Chile ha sufrido dos grandes males consecutivos: la politización de los militares y la militarización de la política. Hay que terminar con ambos flagelos, los militares a la defensa nacional y a la nación a la política, a decidir democráticamente su futuro. La solidaridad que hemos recibido estos días es una expresión de los grandes valores morales que existen en nuestra Patria y que no están agotados, sino tan sólo adormecidos. El sacrificio de vidas que ha significado estos meses de violencia que sea un aliciente para las tareas que debemos entre todos asumir.

Epilogo

LA DEMOCRATIZACION DE LA VIDA MATERIAL

La democracia requiere condiciones materiales para ser completa. Porque ¿qué democracia es aquella en la que mueren niños de desnutrición, en la que quedan jóvenes al margen de la educación, en la que no hay trabajo para todos? ¿Cómo se obtiene el apoyo masivo para una democracia que sistemáticamente no permite sobrevivir en condiciones humanas a una parte de la población?. Por ello la vida material también debe ser democratizada.

Quando se plantea reconstruir la economía, se requiere hacerlo en torno a tres principios fundamentales: primero, reconstruir para tener una economía al servicio de la mayoría nacional; segundo, reconstruir para tener una economía cuyas grandes decisio-

nes y las más centrales se hacen mediante la participación democrática de todos, especialmente en lo que se refiere a los grandes flujos de inversión; y tercero, reconstruir una economía diversificada e integrada de acuerdo a lo que hoy son las necesidades de las grandes mayorías. Y la sociedad chilena, a diferencia de otras puede hacerlo. No es el caso entrar aquí en detalles, pero diversos estudios indican que si establecemos una línea de pobreza definida como el ingreso indispensable para tener acceso mínimo a los bienes y servicios esenciales desde el punto de vista de la nutrición, con un cuatro por ciento del producto que se desvía a esos sectores es suficiente.

Nuestro enfoque de la economía es socialista. Pensamos que la producción y la distribución de bienes en Chile también debe ser democrática. Esto es, que la comunidad debe participar en la organización de la producción y en la decisión sobre la asignación del excedente económico. ¿Qué se produce, cuánto se invierte, y en qué?; ¿Cuánto se ahorra y cómo?; son preguntas cuyas respuestas afectan a todos los chilenos y todos deben darlas. No estamos, por lo tanto, proponiendo cambiar a unos pocos capitalistas por unos pocos burócratas en los puestos decisivos, sino democratizar estas opciones.

Esta democratización fundamental contribuirá —pensamos— a superar las deficiencias que ha demostrado la actual organización de la economía nacional, permitiendo acercarnos en forma gradual al uso óptimo de los recursos y las capacidades del país. La apropiación social de la economía tiene un necesario correlato con la democracia política, ya que ambas son expresiones de la soberanía popular. En la

práctica esto significa, entre otras cosas, que las actividades con mayor capacidad de generar excedente no pueden ser propiedad de algunas personas, sino de toda la comunidad. Por otra parte, la enorme mayoría de las empresas productivas seguirán siendo de propiedad privada o mixta, si sus propietarios lo desean. Una economía será más o menos socialista en lo económico, según el grado de democracia que exista en cuanto a la producción y la apropiación del excedente. Por lo tanto la estatización *per se* no equivale a la socialización, ni todo lo que siga siendo privado podrá funcionar "*por la libre*". Será la comunidad la encargada de dictar las reglas del juego. De este modo —creemos— se superarán las deficiencias económicas y sociales de la apropiación individual del excedente y también las distorsiones de nuestro sector público que no planifica para el bienestar de la comunidad.

El país necesita en forma permanente de una estrategia de desarrollo que tenga como norte fundamental el aprovechamiento de nuestros recursos naturales y el empleo pleno de su fuerza de trabajo, para producir prioritariamente los bienes y servicios que satisfacen las necesidades básicas de la población. Así, los objetivos centrales de nuestra propuesta de mediano plazo es la satisfacción de las necesidades esenciales de la población y la reducción de las desigualdades sociales. Para el logro de ambas es fundamental lograr un crecimiento sostenido del producto nacional, en condiciones de una gestión económica crecientemente democrática.

Nuestra estrategia económica se caracteriza por la prioridad que otorga a la creación de empleo

productivo, al aumento de la productividad y a la elevación de los ingresos del trabajo. El aumento del empleo productivo debe constituirse desde el inicio en una meta fundamental del programa económico y social, permitiendo al estado garantizar el derecho al trabajo y a ingresos mínimos satisfactorios. Por otra parte, debe terminarse con la irrestricta apertura externa y aplicarse una estrategia de desarrollo que combine la necesaria protección de las actividades productivas nacionales con una inversión selectiva y planificada en la economía internacional.

Es fundamental mejorar la calidad de la vida de los chilenos, de forma de posibilitar la actualización del potencial humano nacional, mediante un crecimiento alto y sostenido de la economía nacional, la satisfacción de las necesidades fundamentales y la generación de empleo productivo. Ello requiere también mejorar los sistemas de educación, salud, transporte y de utilización del tiempo libre y una mejor protección del patrimonio natural del país. Todo esto en un contexto de creciente autonomía nacional de decisiones sobre el destino del país.

Estas son orientaciones generales. Pero ellas serán las que nos servirán en la transición, pues ésta debe afectar también a la estructura socioeconómica que dejará la dictadura.

Estos principios, bien aplicados significarán que las "*privatizaciones*" realizadas sin reglas claras, a espaldas de Chile y que implican un despojo, pues *despojo* es la palabra, a los bienes de todos los chilenos, deben ser revisadas caso por caso.

Frente al caso más reciente, la compra de INFOR-SA por la Compañía de Papeles y Cartones he hecho

un planteamiento claro, y un emplazamiento.

En efecto, tres personas: Adolfo Rojas, Administrador Provisional del Banco de Chile y por tanto representante del gobierno, y dos representantes de intereses extranjeros: Kathleen Barclay, del Manufacturer Hannover Trust y Fernando Agüero, representante del Banco Urquijo decidieron que la licitación de la empresa Inforsa, productora del 60% del papel de diario en Chile iba a ser adjudicada a la CMPC.

Pregunto:

1) ¿Aceptan el llamado a licitación de empresas de esta envergadura y sin reglas conocidas y claras y respecto de las cuales puedan ser entidades que representan intereses extranjeros las que decidan?

2) ¿Aceptan el establecimiento de este monopolio del papel que ahora va a tener la Papelera?

Por mi parte señalo que *nosotros Socialistas exigiremos cuando se reestablezca la democracia que esta operación quede sin efecto*. Las indemnizaciones a que puede dar lugar serán en función de las utilidades que como resultado de esta operación se hayan obtenido y no existirán derechos adquiridos por operaciones hechas a espaldas de todos los chilenos. Esperamos la respuesta de aquellos que se declaran democráticos y por cierto partidarios de la libertad económica. Nos interesa saber si son partidarios de esta dictadura que sobre el papel ejercerá una empresa en Chile, sin sujeción a control alguno.

Las bases materiales en que se sustentará la nueva democracia serán definidas por todos los ciudadanos. Por ello lo que ahora se hace será revisado. Aceptar la herencia tal cual la dictadura la deje sería imponer una carga sobre los sectores populares que estos no

pueden soportar.

Por ello, hemos propuesto un *Pacto por la justicia Social*, que busca reestablecer los equilibrios perdidos de la sociedad chilena y que permitirán a los más postergados que en democracia ellos sí tienen voz. Es una economía al servicio de la mayoría.

DISCURSO DE RICARDO LAGOS A NOMBRE
DEL COMITE DE IZQUIERDA POR ELECCIONES
LIBRES POR CADENA RADIAL EL 14 DE
JULIO DE 1987

Hablo esta noche al país en nombre de un grupo muy amplio de hombres y mujeres de Chile. Hemos recogido el llamado de la inmensa mayoría que busca la reconstrucción de la democracia y el reencuentro civilizado de todos los chilenos.

Hoy nuestro país se enfrenta a una encrucijada: o consentimos que la dictadura personalista del General Pinochet se mantenga hasta fines de siglo, o luchamos para ponerle término con una gran campaña por elecciones libres, directas y secretas.

Me dirijo a todos: los hombres y mujeres de la patria. Los convoco a todos a participar en un movimiento nacional, amplio y generoso para dejar atrás esta pesadilla que vivimos y construir el futuro con nuestra historia de pueblo digno, tolerante y democrático.

Invito a todos a exigir elecciones limpias, libres y directas desde hoy mismo. Esta es la hora. Comencemos por reclamar el único derecho que podemos ejercer ahora: la inscripción en los registros electorales como el punto de partida para reconstruir un Chile basado en la esperanza, la reconciliación y la justicia.

¿Qué pasa hoy en Chile?

Hoy la inmensa mayoría de los chilenos contemplamos con una mezcla de impotencia, indignación y asombro a un General en campaña por perpetuar su régimen basado en el odio y la lógica de la guerra. Vemos pasarse por el país con su lenguaje provocativo y belicoso —propio de la guerra— al candidato de un gobierno fracasado. A un hombre que se esfuerza por ocultar el balance desolador del período más prolongado de ejercicio personal y autoritario del poder que haya conocido la patria. Violación sistemática de los derechos humanos, absoluto aislamiento de la comunidad internacional, hambre, cesantía; marginalidad, salud y educación transformadas en lujo y privilegio para unos pocos, más de tres millones de chilenos sin casa y la mitad de nuestros jóvenes sin trabajo. Este es el Chile que el General Pinochet nos ofrece prolongar y este propósito explica el retorno del Sr. Fernández al Ministerio del Interior. Esto no lo vamos a aceptar. Somos un pueblo libre que decimos no a la política de la guerra y a las organizaciones militarizadas.

¿Qué podemos hacer?

Nosotros proclamamos con la cara descubierta, sin betunes ni disfraces, que Chile tiene un camino y

ese camino son las elecciones libres, directas y secretas. Es un camino de victoria por el que debemos marchar todos los demócratas. No hay tiempo que perder. Busquemos juntos una respuesta nacional a la crisis. Nuestra tarea va mucho más allá de las organizaciones partidarias y corresponde a todas las fuerzas sociales. Dejemos los discursos complicados para cuando haya tiempo de oírlos y decirlos. Hoy sólo puede haber una gran discusión ideológica, que es al mismo tiempo una gran tarea ideológica: cómo acabar con la dictadura y recuperar la democracia.

Se trata, en suma, de forjar un amplio y poderoso movimiento por la democratización de Chile, que se despliegue desde todos los sectores y partidos, que no tiene forzosamente que expresarse en la concreción de tal o cual forma de gobierno futuro, pero si tiene que ser capaz de concitar la voluntad mayoritaria del pueblo tras inequívocos objetivos democráticos y de progreso.

Sostenemos que la plataforma por elecciones libres señala un camino claro de unidad para todos los demócratas. Será la lucha por restablecer la soberanía popular la que nos dará cimientos sólidos y reales para gobernar este país. En torno al principio de la soberanía popular podemos y debemos lograr un entendimiento de todos, demócratas de derecha, de centro y de izquierda; empresarios y trabajadores, campesinos y mineros: será un gran consenso en torno a normas simples y claras que permitan respetar la voluntad del pueblo. Esa será la plataforma de todos los demócratas para recuperar la democracia.

¿Por qué, nosotros, izquierda chilena, queremos elecciones libres?

Para la izquierda, pedir elecciones libres significa fundamentalmente luchar por poner la soberanía nuevamente en manos de su único depositario, el pueblo.

El ejercicio de la soberanía popular nos permitió en el pasado dirimir civilizadamente nuestras diferencias. Hoy eso nos está prohibido por una Constitución elaborada entre cuatro paredes y cuyo contenido es arbitrario y excluyente, hecha para sembrar odios y cosechar tempestadas sociales y políticas. Por ello, rechazamos de manera categórica cualquier mecanismo de tutela militar sobre los designios del pueblo soberano.

Rechazamos el Consejo Superior de Seguridad Nacional, que consagra esta tutela militar sobre una parte del Congreso Nacional.

Rechazamos el Tribunal Constitucional, que pretende castigar y excluir a los chilenos por sus ideas.

Rechazamos esta ley de leyes llena de trucos que hacen imposible reformarla.

Rechazamos cualquier mecanismo que limite la soberanía del pueblo.

Exigimos elecciones libres que nos permitan ejercer plenamente una soberanía que es nuestra, de todos los chilenos.

Exigimos elecciones libres para convertimos nuevamente, todos nosotros, millones de chilenos, en protagonistas de nuestra historia.

Rechazamos las exclusiones ideológicas que hoy quieren imponer a la izquierda. Ningún demócrata puede equivocarse en esto. Excluir algunos con exilios o tribunales constitucionales, significa impedir una elección libre.

El trabajador, el cesante, el joven sin futuro, la dueña de casa se pregunta, y con razón: ¿a dónde me lleva este camino? Este camino te permite reclamar tus derechos y exigir solución a tus problemas. En una dictadura sólo se reparten migajas y eso es pan para hoy y hambre para mañana.

Exigimos elecciones libres para avanzar civilizadamente hacia la conquista de más desarrollo económico y mayor igualdad social.

Exigimos elecciones libres para satisfacer las justas demandas del pueblo, elecciones libres para velar reponsablemente por los intereses nacionales, elecciones libres para impedir la entrega de nuestro cobre y nuestros demás recursos naturales, elecciones libres para construir una democracia política sin la cual no tendremos jamás una verdadera democracia económica.

Las elecciones libres para ser tales requieren el fin de los estados de excepción, el fin de la censura a la prensa, la radio y la televisión. Suponen el derecho a que todas las corrientes de opinión se expresen libremente y que los chilenos se puedan ver y oír sin miedo los unos a los otros. Hablo en especial de la televisión. Un medio que pertenece a todos los chilenos, pero que hoy sólo está al servicio de uno: el general-candidato, el general Pinochet.

Estas elecciones libres deben realizarse en un Chile donde no haya temor y donde los derechos humanos sean respetados y donde el exilio se haya terminado. Con allanamientos a las poblaciones, con un lenguaje de guerra y violaciones cotidianas a los derechos esenciales no puede haber elección alguna.

Nosotros exigimos elecciones libres para escoger entre distintas opciones. Pero el general Pinochet quiere conducirnos a un plebiscito en que optemos entre un sí o un sí. Eso ni siquiera es un plebiscito.

Aunque triunfe el no, Pinochet quiere nombrar, antes de irse, a los Comandantes en Jefe del Ejército, Marina, Aviación y Carabineros, y a diez u once senadores. Y además pretende quedarse él como senador de por vida y seguir al frente del Ejército. ¿Es esto razonable?

No. Digámosle no a Pinochet para decir un no rotundo a su sistema de gobierno autoritario.

Digámosle no a la Constitución de 1980 y a todos sus instrumentos de represión y exclusiones.

Les hablo esta noche en nombre del Comité de Izquierda por las elecciones libres. Este no es un comité más. Lo entendemos como un comité para la acción. Nada más y nada menos. La nuestra es una iniciativa para lograr que el pueblo se exprese libremente.

Es una convocatoria contra la desesperanza. Es un mecanismo para defendernos de los padecimientos en estos trece años en que las armas han sustituido el diálogo y la negociación. Es un comité creado para actuar en conjunto con todas las demás organizaciones que también buscan el entendimiento nacional. Por ello manifestamos nuestra decisión de cooperar estrechamente con el Comité de 14 Personalidades que reclaman elecciones libres y otras organizaciones creadas con el mismo propósito. Esta coordinación es una tarea conjunta. Es la tarea de hoy. Así daremos forma a un amplio y poderoso movimiento político que expresará la voluntad mayoritaria del pueblo por recuperar la democracia, el optimismo y la confianza en la capacidad de los chilenos para progresar en libertad.

El nuestro es también el llamado hecho desde el exilio por Hortensia Bussi de Allende. Queremos junto a ella reivindicar el pasado democrático de la izquierda chilena. Una izquierda que derrotó antiguas

expresiones de autoritarismo, represión y exilio: cuando obtuvo junto a la Democracia Cristiana y los radicales la derogación de la ley de Defensa de la Democracia, precursora de estas normas con nombres hipócritas y engañosos; una izquierda que luchó hasta conseguir el perfeccionamiento del voto mediante la cédula única y que contribuyó a conquistar el derecho a sufragio para la mujer, los jóvenes de 18 años y los analfabetos.

Esta es nuestra historia, la historia de Salvador Allende, un líder que defendió la democracia con su vida.

Nosotros, la izquierda chilena, nunca apoyamos ni dimos un golpe militar en el pasado, nunca formamos ni apoyamos una dictadura para Chile.

Hemos sido una fuerza en lucha permanente por la libertad y el progreso económico y social de Chile. Somos parte de la cultura de este pueblo y hoy queremos contribuir con otros sectores políticos al reencuentro de los chilenos.

Denunciamos esta noche que la dictadura quiere hacer de las elecciones una trampa. La dictadura está montando una maquinaria para fabricarse un falso apoyo popular. Para ello, le basta imponer al país su propio calendario electoral. No lo vamos a permitir. De nosotros depende. Tenemos la mayoría y tenemos la razón.

Muchos ya no ven ningún camino para terminar con la dictadura. Existe desencanto y apatía. Esa actitud nos lleva a la derrota sin remedio. Si permanecemos escépticos y paralizados, sin hacer nada, el gobierno impondrá su farsa y dirá que ganó lejos. Inscribirse es sólo el primer paso. Hay mucho más por hacer. Si nos organizamos, si exigimos elecciones libres, votamos y cuidamos nuestro voto, derrotaremos a la dictadura.

Estas son nuestras tareas:

- inscribámonos en los registros electorales.
- llamemos a todas las organizaciones sociales a reclamar elecciones libres, ahora, vinculando esta demanda con sus luchas reivindicativas propias.
- organicémonos ahora, en cada comuna, en cada barrio, en cada población, en Comités Unitarios por las Elecciones Libres para impedir el fraude.
- exijamos que se respete la voluntad del pueblo.
- organicemos un control democrático de los registros electorales.
- impongamos un sistema independiente de escrutinios.

Así, con decisión, fuerza y unidad tras un objetivo común, construiremos un futuro para nuestros hijos.

Chilenos y chilenas, esta es una marcha hacia la esperanza y la victoria. Empecemos a caminar ahora.

EL PARTIDO POR LA DEMOCRACIA (Artículo Revista *Hoy*)

El régimen autoritario del capitán general insiste en imponer a los chilenos su itinerario institucional que, todos sabemos, no conduce a la democracia. No hay que perder el tiempo haciendo disquisiciones teóricas de si la institucionalidad actual es válida o no como punto de partida para restablecer la democracia. Todo demócrata que haya leído las disposiciones de la Constitución sabe que ellas no conducen a la democracia. Se trata de una Constitución de piedra, la que no admite modificaciones desde dentro. De ahí el interés del régimen de implementar tan rápidamente como sea posible las "leyes políticas complementarias", de manera de obligar a la disidencia a entrar por la senda de la institucionalidad dictatorial.

Los registros electorales en los cuales se invitará a

los chilenos a inscribirse son, a mi juicio, un mecanismo burdo para hacer de esto la prefiguración de un eventual escamoteo electoral. ¿Por qué no se recurrió a una inscripción automática de todos los chilenos mayores de 18 años? Ello permitiría que todos tuvieran su inscripción y tener registros electorales en un plazo no superior a tres meses. Por una vía oblicua se trata de tener control sobre todo aquel que se inscribe y lo que es más importante, hacer de la inscripción algo oneroso, equivalente a seis o diez kilos de pan. ¿Cuántos serán los ciudadanos que optarán por no inscribirse porque no tienen e pan para sus hijos?

La oposición debe tener imaginación y a la vez grandeza para responder a este desafío. La oposición debiera decir: primero, exigimos registros computarizados y automáticos; segundo, exigimos que las inscripciones sean gratuitas y también las cédulas de identidad. ¿Cuánto pesa el costo de la cédula de identidad gratuita frente al regalo que se hace de empresas nacionales vendidas bajo su precio, o el aval estatal de la deuda externa privada?

Y frente a la Ley de Partidos Políticos habría que responder de la misma manera: no puede haber partidos políticos en un sistema de dictadura; no tienen sentido aquí las discrepancias entre socialdemócratas, demócratacristianos, socialistas, nacionales, comunistas o radicales. Todo estos grupos políticos tienen que tener un solo norte: recuperar la democracia. No tiene sentido declararse hoy de uno u otro partido cuando estas diferencias empalidecen ante la evidencia de que no se puede actuar libremente en dictadura. Por otra parte, ¿puede alguien pedirle a un profesor hoy que diga soy socialista, ¿puede alguien garantizarle a este profesor que no será despedido por el alcalde, representante del ministro del Interior, por

haberlo dicho?, ¿podemos aceptar que la dictadura sepa lo que cada chileno, cada ciudadano piensa en torno a un partido político?

Es evidente que hay una incompatibilidad clara entre la dictadura y la existencia de un sistema de partidos políticos, a menos que estos partidos sean exclusivamente serviles a la dictadura.

Por las razones anteriores sostengo que lo que debe hacer la oposición es responde a esta ley con un solo gran partido: inscribamos un solo partido, el de la democracia y en él participemos todos, manteniendo nuestros perfiles e identidades al interior de esta estructura.

No caigamos en la trampa de presentar cinco o seis grandes partidos políticos en un régimen de dictadura, porque eso no tiene sentido; respondamos a la dictadura con la unidad del partido de los que queremos democracia ahora. Hagamos de este partido el instrumento con que nos comprometemos a modificar una institucionalidad que no conduce a la democracia; una estructura económica hecha a espaldas y encima de los chilenos y apoyada con el peso de la fuerza y también a restablecer la moralidad y la justicia en Chile para que las violaciones a los derechos humanos no queden impunes. En suma, propongo un partido de los demócratas para determinar las normas de la institucionalidad futura y al mismo tiempo para lograr los acuerdos principales de lo que debemos hacer inmediatamente terminada la dictadura, en lo económico, en lo social y en lo político.

No caigamos en el juego de la dictadura, multiplicando los referentes de oposición. No me cabe duda que el Partido de la Democracia será el partido de la gran mayoría nacional para terminar con la dictadura y recuperar para Chile la *voluntad de ser* de la que hablara Gabriela Mistral.

REFLEXIONES UN AÑO DESPUES

La primera edición de este libro se cerraba con algunas reflexiones sobre una experiencia difícil. Mi detención y encarcelamiento (N. del E.: *septiembre 1986*), sin alguna acusación precisada hasta ahora. Después de este tiempo transcurrido, he meditado sobre dos consideraciones. En lo personal, en el hecho de que aquella noche en que me fueron a detener, horas después del atentado a Pinochet, algunos fuimos sólo arrestados. Otros también, pero luego aparecieron muertos. He pensado que la vida en ese momento dependía de quiénes eran los que realizaban la detención de cada uno de nosotros. Fui de los afortunados a los cuales a la detención siguió la prisión. Nunca supe las razones de ello; ministros y cancilleres intentaban explicar -ante las consultas interna-

cionales- el porqué de mi detención. Sostenían que yo tendría que saber algo respecto del atentado a Pinochet. Por cierto esos ministros y cancilleres sabían que lo que estaban diciendo era absolutamente falso.

Mi segunda consideración es que uno no puede menos que pensar que esos abusos y atropellos de los derechos humanos son la aplicación de la lógica de la guerra en el campo de las relaciones políticas. Soy un opositor y junto a mi partido hemos definido una estrategia para derrotar esta dictadura y restablecer la democracia. Por cierto no es la estrategia de los que queremos la guerra y el enfrentamiento en Chile. Cuando se hacen, a través del uso de la fuerza y del poder del aparato del Estado, ese tipo de detenciones arbitrarias, en el fondo lo que se está haciendo es utilizar una lógica bélica, una lógica militar. Es la que el General Pinochet utiliza frecuentemente en sus declaraciones para explicar lo que son sus definiciones políticas. En definitiva, lo que se puede pensar respecto de esa experiencia es que ella se inscribe no en el lenguaje de los seres civilizados -quiénes, teniendo puntos de vista discrepantes queremos alcanzar una solución mejor para el país- sino que es el lenguaje y los valores de los que creen solo en la fuerza de las armas. Los acontecimientos, de aquel episodio hasta ahora, apuntan al aumento del espiral de violencia. La responsabilidad principal de esto la tiene quien detenta el poder, pero también aquellos grupos contrarios dispuestos a utilizar esas mismas armas. En estos todavía hay un coronel de ejército que permanece casi tres meses secuestrado; ha pasado a ser un hecho natural de nuestras vidas. Igualmente han pasado casi sesenta días desde que cinco chilenos opositores están desaparecidos. Ese espiral de violencia nos debe hacer reflexionar, pues si no lo

detenemos ahora, mañana el conflicto de Chile podría ser un conflicto polarizado, cruel en el que se hable el lenguaje bélico, no el lenguaje civilizado de la política.

Justicias

El Pacto por la Justicia Social, una propuesta socialista de un año atrás, ha encontrado audición en Chile, en todas las fuerzas políticas y sociales. Cuando se consideran los planteamientos de los trabajadores en este año, cuando se aprecian los planteamientos de otros sectores políticos, no es posible soslayar el hecho de que todos ellos concuerdan en que para reconstruir el sistema democrático es indispensable reestablecer los equilibrios que la sociedad chilena ha perdido como resultado de una política económica tremendamente contraria a los intereses populares. La pregunta obligatoria es: ¿por qué transcurrido este tiempo y con este grado de acuerdo, la idea del Pacto por la Justicia Social no se ha concretado? Creo que lo implícito es que entre 1986 y 1987 se ha producido un cambio sustancial en el escenario político del país. ¿Por qué? Porque hasta 1986 la disidencia utilizó una estrategia de movilización con vistas a lograr el término político del régimen militar, con la consiguiente convocatoria y reestablecimiento de la soberanía popular. El '87, manteniendo esas mismas aspiraciones, el país se ha visto enfrentado a un escenario distinto: el escenario por donde debe transitar Pinochet para mantenerse más allá del '89. En consecuencia, y como se ha llegado al '87 con un sistema autoritario y con la institucionalidad de Pinochet intacta, ocurre que el dictador tiene que usar esa institucionalidad para poderse mantener en el poder. Frente a eso las defi-

niciones políticas -más allá de lo que sean los entendimientos entre los sectores políticos- están dadas por la forma por la cual los distintos partidos políticos reaccionan ante esa institucionalidad. Si Pinochet dice que habrá Registro Electoral para votar en un Plesbicitito, la primera pregunta es acerca de si nos inscribimos o no en los registros electorales. Hemos dicho que, ciertamente, los registros electorales deberían ser automáticos, es decir, que los ocho millones de chilenos con derecho a voto queden inscritos sin ningún trámite. El dictador utiliza un mecanismo tortuoso para hacer de la inscripción un mecanismo dificultoso que le favorezca, en la medida en que haya un reducido número de chilenos inscritos, de preferencia sus escasos partidarios. Frente a esa hipótesis los chilenos estamos ante un cuadro distinto, que exige respuesta a los partidos políticos. Sostuve en enero, y creo que el tiempo me ha dado razón, que éste iba a ser un tema que iba a alinear políticamente a los chilenos: los que estarían por inscribirse y los que serían contrarios a ello, alegando que era hacerle el juego a la dictadura. Hoy, después de diez meses de lo que fue ese planteamiento inicial de mi partido, el socialista, la inscripción en los registros electorales es algo que ha sido aceptado por todos, y entendido como una forma de recuperar el derecho ciudadano para derrotar políticamente a Pinochet. En otras palabras: si Pinochet va a transitar por un cierto camino por ese mismo camino puede ser derrotado.

El pacto por la Justicia Social que planteábamos hace un año mantiene su plena vigencia. Es más, ante el hecho cierto que se puede cambiar el régimen a través de su derrota política el Pacto por la Justicia Social pasa a ser un elemento todavía más impor-

tante. Este año los socialistas propusimos que junto a un Pacto por la Justicia Social debiera haber un entendimiento entre las distintas fuerzas políticas y sociales para actuar concordemente frente al tema de los derechos humanos. La necesidad de suscribir un Compromiso por los Derechos Humanos no se refiere solamente al respeto de estos derechos en el futuro, sino que, algo mucho más trascendente en todos los países que transitan de la dictadura a la democracia, es el *cómo* vamos a configurar mañana un sistema de relaciones y respeto a los derechos humanos a partir de las violaciones que tuvieron lugar en el pasado. Este es un tema político de extrema importancia. Basta mirar lo que sucede en Argentina, o en Uruguay, para entender que este tema no puede ser tratado dentro de lo que es la legítima discrepancia entre los diversos sectores políticos. Acá debe haber un compromiso entre todos los partidos políticos para no hacer de este juego/disputa una muestra de política menor, entendiendo que todos deberíamos de tener un mínimo consenso y conciencia sobre la violación que en estos catorce años ha habido a los derechos humanos. No se trata de saber quién está defendiendo más adecuadamente estos derechos, o de quién exige sanciones mayores de manera casi demagógica. Hay que responder en la objetividad de lo que ha pasado estos catorce años sin clamar venganza, pero tampoco aceptando la arrogancia de quienes creen que se puede hacer borrón y cuenta nueva. Lo que ha pasado es demasiado dramático, demasiado lacerante. En consecuencia, de acuerdo a lo que ha dicho la Conferencia Episcopal, es necesario restablecer la verdad; esto quiere decir hacer justicia. Conocida la verdad es posible pensar en que se puedan formular mecanismos

de reconciliación entre los chilenos, leyes que permitan no olvidar, actuando con clemencia y humanismo frente a quienes han sido reconocidos y declarados culpables. Pero ello es posible después que se ha hecho justicia y se ha conocido la verdad.

La justa distribución de los bienes es algo más válido que entes. Este año ha crecido el producto en Chile, pero no obstante a ese crecimiento no han disminuido las diferencias abismantes entre unos y otros. Este año los problemas han pasado a ser más acuciantes, pues los salarios reales no han aumentado, el nivel de vida de los sectores más pobres no ha mejorado. Este año aquéllos que tenían compromisos y créditos en Unidades de Fomento han visto que éstas han continuado su ascenso automático por el reajuste del IPC, sin un aumento correlativo de sus salarios. Simultáneamente el país ha presenciado -impotente- un proceso de privatización que se insinuaba el año pasado y que ahora se ha acelerado. Esto se ha hecho con procedimientos, métodos y mecanismos que no resguardan los intereses de Chile y lo que es más grave, se ha constituido por decreto un conjunto de grupos económicos tremendamente poderosos, cuya sola presencia mañana hará muy difícil el reestablecimiento de un sistema democrático. En este año ha habido también un crecimiento del producto, pero no ha favorecido a los sectores más desposeídos; por el contrario, con la intervención del aparato del Estado se han fortalecido, mediante sistemas de privatizaciones, pagarés de la deuda externa, etc., se han reforzado los grupos económicos privados.

Estos elementos hacen que las diferencias del pasado sean hoy más fuertes. Por esto, cuando se está a las puertas de un proceso de transición, es

necesario buscar consensualmente mecanismos para impedir que este desequilibrio social se agudice.

Compromisos

En este sentido es indispensable lograr un entendimiento con el mundo empresarial en Chile. Ese entendimiento debe partir por efectuar con ellos un debate que nos permita arribar a un diagnóstico común. Este año he tenido reuniones con empresarios en Valparaíso, Santiago, Concepción; allí les he planteado con mucha honestidad el diagnóstico de los socialistas. En él aparece claro que los sectores populares han sido los grandes perjudicados en este periodo de crisis, pues ella nos afecta a todos, pero a unos más que a otros. ¿Cómo se puede corregir esto? Sobre esta pregunta debe haber un grado de entendimiento mayor, más importante que centrar un debate con el mundo empresarial sobre ciertos fantasmas del pasado que no están entre las prioridades del momento. No es que los socialistas renunciemos al proyecto de construir mañana una sociedad socialista, se trata de entender cuáles son las prioridades del presente, y de cómo en torno a ellas llegamos a un amplio consenso.

Debe haber un mecanismo de concertación social entre trabajadores y empresarios para poder eliminar mañana, en un sistema democrático, estas injusticias. No se pueden desconocer los intereses de clase distintos, ni los sectores con puntos de vista contrapuestos, sino que, ante la imperiosa necesidad de encontrar un camino común para fortalecer la democracia, ponernos de acuerdo unos y otros en aportar algún sacrificio. El de los sectores populares y los trabajadores en Chile será no pretender reivindicar en uno o dos años la recuperación de

todo lo perdido en catorce o quince de dictadura. Pero a la vez, los trabajadores deberán ver que sus ingresos aumentan. Hay que revertir la tendencia a su caída de estos años. El sacrificio empresarial deberá mirar a no pretender la mantención de los privilegios acumulados gracias a la dictadura.

Unidades

Cuando apareció la primera edición de este libro, hice referencia a la unidad de la oposición que se había dificultado por un doble sectarismo. Un sectarismo de algunos partidos políticos vinculados al centro político chileno que querían excluir al partido comunista, pensando que la participación comunista obstaculizaba cualquier tipo de tránsito hacia un sistema democrático. Nos parecía que ese sectarismo excluyente hacía difícil la unidad opositora. Simultáneamente ese sectarismo se ve reforzado por el otro sectarismo: el de los comunistas que creen poseer el "correcto" camino de la lucha y estrategia frente a la dictadura. Su línea de "*todas las formas de lucha*" les conduce a una cada vez más difícil incorporación al cuadro político del país.

Hoy nos parece que las discrepancias del mundo político se reducen. La inscripción en los registros electorales ha sido una línea divisoria muy importante, pero a la larga todos, o la gran mayoría, han terminado inscribiéndose en ellos, aunque algunos a regañadientes. Es evidente que, en el marco de la necesidad de encontrar una respuesta política a la crisis de la dictadura, se ha avanzado.

Dos sectarismos se entrecruzan: el del régimen que excluye un sector y que provoca como contrareac-

ción el convencimiento y la claridad de que no se puede excluir a nadie; de la misma manera, el aislamiento del partido comunista demostró durante este período en que se obstinó en decir no a los registros electorales, considerando su propia estrategia como la única justa, los llevó a entender que ese camino tan poco humilde y democrático de no aceptar la estrategia definida de común acuerdo por la mayoría de los opositores a Pinochet les estaba costando un aislamiento creciente. Estos dos sectarismos tienden a ser vencidos, aunque todavía subsisten sus efectos paralizantes.

En enero señalamos que era necesario construir un Partido por la democracia, pues no era el momento de inscribir partidos políticos individualmente en el marco legal de la dictadura. * El país no iba a entender los esfuerzos individuales por inscribir nuestra propia sigla, himno, visión o utopía, en circunstancias que ellos tienen sentido en un sistema democrático en el cual realmente podamos presentar al país una real pluralidad de partidos. Hoy es viable un solo partido político, aquél que nos permita recuperar el sistema democrático, un partido que no tenga fronteras ideológicas, un partido operacional para derrotar la dictadura. Ante una dictadura, oponer un partido para derrotarla. Hoy, después de once meses transcurridos desde ese planteamiento inicial, creemos poder afirmar que el partido para la democracia está más cerca, y lo será en la forma en que lo propusimos los socialistas. No será una coalición política, no será una multipartidaria, no será un programa de gobierno futuro. El partido por la democracia es ponernos de acuerdo en lo que ahora al

* (N. del E.: ver Anexo)

país le parece lo esencial: cómo decir no a la institucionalidad de Pinochet, que no conduce a la democracia, y simultáneamente cómo lo derrotamos empleando nuestra mayoría.

Puede ser paradójal, pero la unidad opositora se ha ido abriendo paso resultado del avance de Pinochet para imponer una institucionalidad a su medida, que le permita seguir en el poder más allá del 89. Esto hace que las opciones opositoras sean cada vez menores: sí o no, o hasta terminar en una abstención porque no hay garantías. Si no logramos elecciones libres, abiertas y competitivas, podremos utilizar un eventual plebiscito con el criterio de que es lo más eficaz para lograr elecciones libres. Pienso que si hay un mínimo de posibilidades a favor, deberíamos votar no. El no, estas dos letras, van a representar el símbolo último de la unidad opositora. ¿La unidad opositora? Se facilita cuando lo que hay por delante es un general que pretende el poder más allá del 89 y frente al cual las opciones de la oposición son mínimas. Pasaron los tiempos de constituir una Alianza Democrática o una Asamblea de la Civilidad, un Acuerdo Nacional o un Pacto Constitucional; por cierto que necesitamos este conjunto de instrumentos que nos construimos en el pasado, son esenciales para construir el futuro. Pero hoy el proceso de concertación debe ser creciente en torno a la forma en que se estrechan filas para impedir que Pinochet continúe más allá del 89.

Los obstáculos.

Las dificultades mayores se encuentran quizás en quienes hemos propugnado la idea. Tal vez no la hemos expresado con la suficiente claridad. Debemos reiterarlo cuanto sea necesario: lo que el partido por

la democracia se propone es terminar con la dictadura. Después, todos tendremos que tener la mejor disposición para dar una alternativa sólida, mayoritaria, estable, viable para Chile. Lo que debemos evitar es disputar, discutir ahora el quehacer del mañana, cuando aún tenemos la dictadura.

Es importante clarificar este partido por la democracia para que sea una opción definida y entendida por todos de igual manera. Capaz de movilizar las energías opositoras sin ningún mal entendido de por medio.

Podría ser que el futuro democrático inmediato fuese dirigido por el Partido por la Democracia, pero si dentro de ese partido hay sectores que no se consideran adecuadamente maduros o no concuerdan con un programa común de gobierno, podrán elegir ser parte de la oposición. Pero no habrá que olvidar que ya habremos conseguido el término de la dictadura. En ese marco, ¿estará en condiciones el Partido por la Democracia de transformarse y ser el partido de gobierno futuro? Ojalá fuera así, pues querría decir que esa propuesta ha gozado de una gran solidez. Lo que es necesario destacar es que si ahora tenemos este extraordinario arco coincidente de todos los que decimos no a la institucionalidad de Pinochet, ¿para qué restringirlo artificialmente proponiendo prioritariamente un pacto de gobierno que implica desde ya exclusiones?

Si el partido por la democracia es la forma y base del gobierno futuro, espléndido; pero si mañana ese arco comprueba que no está en condiciones de llegar a esos niveles de entendimiento, tendremos que ser capaces del máximo esfuerzo para construir un arco más amplio y posible para asegurar estabilidad a un gobierno democrático futuro.

Los socialistas no estamos en la actitud cómoda de pedir a otros la gestión de gobierno para nosotros administrar los dividendos de la oposición. No, aquí hay un problema mucho más serio y grave. Lo hemos dicho en múltiples ocasiones: debe haber una respuesta nacional, que involucre la voluntad de todos los ciudadanos.

Un segundo elemento que confunde con respecto al partido por la democracia es la creencia de que el empleo de la institucionalidad pinochetista significa formar parte de ella, hacer su juego, legitimarla. Esto significa entender poco de política, simplemente. Yo no he legitimado al alcalde de mi comuna cuando fui a sacar la licencia de conducir que me fue entregada por él, pero si yo quiero manejar mi automóvil debo tener esa licencia. El que se utilice este mecanismo que se llama Ley de Partidos Políticos para inscribir el partido por la democracia y ser eficiente para derrotar políticamente a Pinochet, dando una sensación de unidad al país, es algo muy acertado políticamente. Lo vamos a conseguir, el país es mucho más certero que las dirigencias políticas en sus grandes percepciones. El país sabe que construir un partido por la democracia no es legitimar a Pinochet; él está ahí, no ha pedido permiso para estar instalado en la Moneda, lo ha hecho con la fuerza, nadie lo ha legitimado. Pero ahí está. Seamos eficientes para derrotarlo políticamente, porque ello es posible.

El partido por la democracia va a terminar por imponerse, pues será percibido como el logro de la unidad de los chilenos, una unidad que va más allá de los grupos políticos, más allá de las organizaciones sociales. Una unidad que se expresa en el chileno que quiere inscribirse para intentar seriamente -y con posibilidades- terminar con la dictadura.

Las difíciles ideologías

Ciertamente que una dificultad es la representada por los excesivos ideologismos de algunas franjas partidarias. Ello dificulta la integración o el apoyo de partidos políticos a la construcción del Partido por la Democracia.

Hay aquí una relación conflictual, a veces, entre la dirigencia y su base partidaria. Ritmos y comprensiones diversas entre dirigentes y base hacen olvidar los intereses mayores del país. Pero un dirigente de partido debe saber explicar a la base partidaria el porqué de sus opciones políticas. En Uruguay ¿un Liber Seregni no fue un gran líder cuando percibió que la forma de conquistar la democracia era aceptando esa petición increíble de los militares, cual era que la izquierda política uruguaya podía presentar candidato pero no a él, al hombre que había estado diez años en la cárcel, al líder indiscutido de la izquierda de ese país? La grandeza de ese conglomerado político fue la de entender que más importante que Seregni candidato, era restablecer la democracia uruguaya. Y cuando Sanguinetti en su primer discurso como presidente de su país, agradeció al general Seregni por su renunciamento, estaba reconociendo su generosidad personal pero además reconocía a la izquierda su rol esencial en la derrota de la dictadura. En Chile la dirigencia política debe ser capaz de actuar así.

En lo que a nosotros respecta, ¿podríamos decir que si el candidato no es socialista no estamos de acuerdo? ¿Podría alguien entender nuestro rechazo a un candidato que encarne la vocación democrática de este país, sea del centro o de la derecha? No lo entendería el país, no entendería un socialismo que por mirarse a sí mismo no es capaz de mirar al país

y a los intereses del país. Ya llegará el momento en que nosotros, socialistas, -porque creemos en nuestras ideas- alcanzaremos la mayoría en un sistema democrático. No me cabe la menor duda que mayoría vamos a ser, pero hoy lo importante es proceder con desprendimiento y sentido histórico. Creo que el país ha percibido adecuadamente que en este tiempo el socialismo en Chile, con todas sus dificultades y viscosidades, ha adoptado una conducta nacional, que responde a los intereses del país. El socialismo chileno también ha entendido que si queremos tener un futuro gobierno socialista, debemos tener una actitud de entendimiento nacional en el presente.

Es más difícil ser socialistas en dictadura que ser socialistas en democracia, porque en democracia la única tarea es la de desplegar las banderas del socialismo y convencer al país que ese es el camino adecuado para resolver los problemas nacionales. En dictadura junto a esas banderas, los socialistas deben buscar un entendimiento muy amplio con todas las fuerzas democráticas precisamente para terminar con la dictadura.

Los socialistas

Una constatación histórica: cuando el socialismo dividido se ha unido, lo ha hecho mirando los intereses del país y no sólo los del propio partido.

En abril de 1933 cuando cinco grupos se unen para dar origen al partido socialista, lo hacen definiendo un programa socialista, pero éste tiene en mente un Chile que sale de una crisis profunda, la de los años treinta, que sale de la dictadura del general Ibáñez, que está gobernado por un régimen de reestablecimiento oligárquico. Así, el nacimiento so-

cialista se produce no sólo mirando los temas del socialismo, sino que también respondiendo a un país que necesita terminar con las experiencias dictatoriales de los años veinte, reestablecer un proceso económico tras la crisis de los treinta y enfrentar la recuperación oligárquica del gobierno de Alessandri. Estas tres demandas son las que están implícitas en el nacimiento del partido socialista.

El año treinta y siete el partido socialista emerge como una gran fuerza política, a cuatro años de su fundación. Posteriormente, el socialismo se dividió hasta llegar a 1957, donde hay un nuevo ímpetu unitario que culmina con la elección de Salomón Corbalán como Secretario General. El partido socialista planteó la tesis de la República Democrática de Trabajadores y el mecanismo implícito unitario es nuevamente entregar una propuesta amplia al país. Esos lineamientos programáticos del socialismo permiten trece años después el triunfo de Salvador Allende. Hoy, 1987, los distintos sectores del socialismo hemos ido proponiendo un discurso nacional similar al país: inscribámonos masivamente en los registros electorales, derrotemos políticamente a la dictadura, hagamos nuestros los acuerdos básicos de unidad, como el Pacto por la Justicia social, el Pacto o compromiso por los Derechos Humanos y el Pacto Constitucional. En otras palabras, hemos sido capaces de hablar al país un lenguaje que interprete a las mayorías.

¿Qué es lo que estas mayorías esperan escuchar del socialismo chileno? Esperan un camino viable para terminar con la dictadura, lo cual no significa que como socialista renunciemos a abordar ciertos temas con honestidad política. Debemos asumir claramente que el socialismo tiene derecho a su propia impronta, a ciertos valores esenciales, a su adscripción a un

sistema democrático, a su interpretación y visión del fenómeno marxista exactamente como lo definieron los fundadores: un método de interpretación de la realidad, enriquecido y rectificado por la realidad social. No aquellas desviaciones que durante una fase del socialismo se produjeron y que intentaron hacer del marxismo una ortodoxia con un grado de dogmatismo incompatible con la idea de sus fundadores. Hay ciertos elementos esenciales que —en mi concepto— deben estar claros en el proceso unitario del socialismo. No me parece incompatible, como no lo fue en el PSOE español, que haya sectores que se declaren hasta leninistas si creen que esa es la dirección adecuada; lo que pueden es pretender que esa sea la definición del partido, porque ello nos obligaría a todos los socialistas a ser leninistas. Y eso se aparta de la esencia de los fundadores. Respecto al tema de la unidad socialista, hay tres o cuatro rasgos definitorios, casi de carácter fundacional. Sobre estas definiciones debieran basarse los esfuerzos unitarios, entendiéndolas como elementos en los que estamos todos de acuerdo y que no se tocarán en un Congreso. Todo lo demás es materia de discusión, si creemos en la democracia. Si me dicen que la política de alianzas es con A ó B, yo diría: eso no lo discutamos ahora, es un tema de Congreso, el pueblo socialista decidirá sobre su política de alianzas estratégicas. Ahora sigo pensando que la única política de alianzas importante es aquella que nos permita terminar con la dictadura, y que va desde la derecha democrática hasta la izquierda chilena, pero esto debe resolverse democráticamente.

Hoy es más viable un entendimiento entre el socialismo y su unidad. Es justa una frase de Jorge Arrate, encargado por mi partido de avanzar en las conversaciones unitarias, quien decía que el avance

unitario era difícil, pero que estaba más optimista que un mes atrás y mucho más que un año atrás, lo que no quiere decir que por este mayor optimismo haya dejado de ser una tarea difícil. Me parece que si no somos capaces los socialistas de dar cuenta de esta demanda unitaria, que es la demanda del pueblo socialista, y en cierto modo también la del país, que percibe el rol esencial de una gran fuerza socialista moderna, comprometida con su pueblo, con la democracia, estaremos fracasando como dirigentes políticos.

La fuerza socialista no se coloca en la izquierda: es una parte muy importante de la izquierda chilena. No es toda la izquierda, porque históricamente siempre ha habido, formando parte de ella un partido comunista. El partido socialista está en la izquierda en función de lo que es, y no de con quién se alía, no en función de con quién establece un entendimiento mayor o menor. Fuimos parte de la izquierda chilena cuando se constituyó la Unidad Popular, o antes un FRAP junto al P.C.; hemos sido parte de la izquierda en este período en que se requiere un entendimiento infinitamente mayor. Hemos tenido acuerdos y relaciones significativas con la democracia cristiana e incluso con partidos de la derecha democrática, y no por eso hemos dejado de ser parte de la izquierda chilena. Si el partido, para ser izquierda, tuviera que tener acuerdos con el P.C. u otros sectores izquierdistas, en ese caso dejaría de ser izquierda, porque ya no lo sería por *lo que es*, sino que sería izquierda por aquellos con quienes se alía. En otras palabras, sería izquierda por el timbre de otros y no por nuestra propia identidad.

La transición

Un programa mínimo debe ser un conjunto de reivindicaciones para el período de la transición. Por lo tanto no es el programa de los socialistas, de la democracia cristiana o del partido nacional. Es el conjunto de medidas que los partidos políticos acordamos aplicar en la transición. El arco político que sostendrá ese programa estará en función de las fuerzas necesarias para ejecutar las medidas que hay que aplicar. Espero que en ese programa mínimo se sienta interpretado el mundo del pensamiento conservador, de la derecha y, fracamente, del mundo empresarial. Estos no deben ver el proceso de transición como su desaparición como sector social. La democracia requiere de estos sectores, pero el programa mínimo requiere también de la revisión de medidas aplicadas en este período y que son abiertamente contrarias a los intereses populares. Por lo tanto, el programa mínimo debiera ser la ecuación necesaria entre los sectores que quieren mantener —y es natural que así sea— parte de lo que han conquistado en este período y las modificaciones indispensables para una estabilidad democrática basada en criterio de justicia social.

Si éste es el criterio, todos quienes estén de acuerdo con él podrán participar del programa mínimo. Si algunos consideran que su ideologismo presente es mucho más importante que la construcción del Chile del futuro democrático, querrá decir que no participarán de ese programa mínimo. Si algunos consideran que las ventajas y privilegios del presente son más importantes que la consolidación de un sistema democrático futuro, querrá decir que se quedarán en la pura defensa de sus privilegios; ambos extremos deberán darse cuenta que el país los percibi-

ra como personas que no quieren vincular su suerte a la de un sistema democrático, pues con dichas posiciones no podrían participar en un programa mínimo que supere la dictadura. Dejemos el debate abierto, intentemos un programa mínimo de todos. Habrá unos y otros que no querrán participar. Será su propia decisión. Lo que debemos evitar es la definición *a priori* de quiénes quedarán excluidos en este común intento democratizador.

Las Fuerzas Armadas

El rol que tengan las Fuerzas Armadas en el cuadro democrático futuro chileno dependerá en buena medida de lo que las fuerzas políticas seamos capaces de lograr. Es esencial que en el post-Pinochet y en el post-dictadura exista un bloque social por los cambios, lo suficientemente fuerte, amplio, poderoso y que concite el respaldo del setenta por ciento de los chilenos. Con ese respaldo, las FF.AA. no podrán autoerigirse en arbitros ante conflictos generados en la sociedad civil, como lo fueron muchas veces en el pasado. Las fuerzas armadas deben mantener el carácter profesional que significa el estar preparadas para la utilización de su fuerza militar, pero si las Fuerzas Armadas pretenden mantener el monopolio de las armas —como deben mantenerlo todas las FF.AA.— lo podrán tener cuando la sociedad civil, a través de quienes elige libremente, determina el cuándo se usan esas armas. Debe haber en todos los chilenos una clara comprensión acerca del rol de las FF.AA. en la sociedad futura, pues ese rol está en función del claro acatamiento de los institutos armados a la sociedad civil. Esto significa tener desde ya un planteamiento muy honesto y nítido con los militares, porque ellos no pueden pretender mantener el rol de tutela armada

que les consagra la constitución de Pinochet. Ello es incompatible con un sistema democrático. Reitero: si son las FF.AA. en quienes la sociedad civil deposita la confianza a entregar el uso de las armas, la determinación de cuándo se usan esas armas le corresponde a quines les dieron esa confianza. En caso contrario, crearemos una guardia pretoriana absolutamente incompatible con la democracia.

Es importante, para que un rol democrático de las Fuerzas Armadas pueda ser posible, que exista también una organización, un ordenamiento de la sociedad civil, de las fuerzas políticas y de los sectores sociales, con la solidez suficiente como para poder dar autoridad a un planteamiento de esa naturaleza. Este es un planteamiento que no puede ser objeto de una discusión política banal, sino que de un serio debate acerca de cómo se reinsertan las FF.AA. en el sistema democrático que debe emerger después de este largo paréntesis dictatorial que, desgraciadamente, va a influir en alguna medida el futuro. No podemos vivir ese futuro en una suerte de cuartelazos y contracuartelazos que tengan en constante zozobra la democracia.

La democracia

Para los socialistas, la democracia es el sistema por el cual logramos conciliar grados crecientes de libertad con un avance sostenido en el campo de la igualdad. El hombre, a través de su historia, muchas veces ha tenido que hacer opciones odiosas: preferir la libertad a expensas de la igualdad, o —por el contrario— en aras de la igualdad sacrificar la libertad.

Entendemos pues, la democracia como el mecanismo último que nos permite ahondar la libertad acrecentando la igualdad, porque sin grados cre-

cientes de igualdad social la libertad sirve de poco y un igualitarismo social en el que no tengamos la capacidad de diferenciamos en el modo de pensar y en la forma de expresar nuestro pensamiento a través de grados crecientes de libertad, de pluralismo, tampoco nos sirve.

La democracia que compatibiliza la libertad con la igualdad fue lo que quiso plasmar Salvador Allende en una experiencia de gobierno que, más allá de sus límites y errores, fue un intento generoso de un socialista chileno. Retomar esa tarea es ni más ni menos el desafío que hoy tenemos por delante.

EDICIONES DOCUMENTAS

Colección Documentas/*Estudio*

Carlos López Dawson
Justicia y Derechos Humanos
Prólogo de Jorge Molina V.

Ricardo Lagos E.
Hacia la Democracia
Prólogo de Carolina Tohá

Alfredo Luciani
El Vaticano y El Socialismo
Prólogo de Mons. Jorge Hourton

Máximo Lira
*Ensayos sobre capitalismo,
socialismo y desarrollo*
Prólogo de Jorge Arrate

Jorge Arrate
*Exilio. Textos de
denuncia y esperanza*
Prólogo de Mons. Tomás González

Manuel Dinamarca
*La República Socialista Chilena.
Orígenes legítimos del
Partido Socialista*

Norberto Bobbio
La democracia socialista
Prólogo de Carlos Tognoli

Julio César Jobet
Historia del Partido Socialista de Chile
Prólogo de Ricardo Núñez

Alejandro Rojas
*La Transformación del Estado. La Experiencia
de la Unidad Popular*

Ediciones con VECTOR

*Siete Ensayos sobre Democracia
y Socialismo en Chile*

Jorge Arrate, José J. Brunner, Hugo Zemelman,
Gonzalo Martner, Ernesto Ottone, Osvaldo Fernández,
Alexis Guardia

¿Libertad Sindical o Sindicalizar la Libertad?
Rodrigo Jiliberto

*Lo Femenino y lo Democrático en
el Chile de hoy*
Natacha Molina

*Fuerza Feminista y Democracia
Utopía a realizar*
Adriana Muñoz Dálbora